

# Heinrich Böll

El pan de  
los años mozos



Lectulandia

Son los tiempos de postguerra en Alemania. El joven protagonista inicia precisamente en esos duros y difíciles días su vida de trabajo.

En ésta, como en otras de sus obras, Heinrich Böll —Premio Nobel de Literatura 1972— denuncia el vacío escalofriante del que padece la humanidad. Su crítica social va dirigida hacia la hambruna, la escasez, el mercado negro, y además fustiga sin piedad antivalores como el consumismo de una sociedad que califica como «americanizada».

Pero *El pan de los años mozos* es también una historia de amor que, como señala el crítico Ignacio Valente, se mueve en el plano de las relaciones profundas que se crean entre un hombre y una mujer bajo la superficie de los ademanes y palabras más simples, esta carga secreta y subterránea de miedo, ternura, asombro, deseo, torpeza, veneración, que se encierra en los pocos minutos del primer encuentro.

**Lectulandia**

Heinrich Böll

# **El pan de los años mozos**

ePub r1.0

Titivillus 03.03.16

Título original: *Das Brot der frühen Jahre*  
Heinrich Böll, 1955  
Traducción: Feliu Formosa

Editor digital: Titivillus  
ePub base r1.2

---

**más libros en [lectulandia.com](http://lectulandia.com)**

---

## I

El día que llegó Hedwig era lunes, y ese lunes por la mañana, antes que mi patrona deslizara por debajo de la puerta la carta de mi padre, lo que más me hubiese gustado habría sido taparme la cara con la ropa de la cama, como solía hacer cuando vivía aún en la residencia de aprendices. Pero mi patrona gritó desde el rellano:

—¡Hay correo para usted, de su familia!

Y al deslizar la carta por debajo de la puerta, ésta brilló, blanca como la nieve, entre las sombras grises que invadían aún mi habitación, y yo salté aterrado de la cama, porque en lugar del matasellos redondo de una oficina de correos, vi el matasellos ovalado de una oficina del ferrocarril.

Mi padre, que odia los telegramas, sólo me ha enviado dos cartas con el matasellos de una oficina del ferrocarril en los siete años que llevo viviendo solo en la ciudad: la primera me anunciaba la muerte de mamá, la segunda el accidente de papá, cuando se rompió las dos piernas... y ésta era la tercera; la abrí y me sentí aliviado cuando leí: «No olvides», escribía papá, «que Hedwig, la hija de Muller, a quien has proporcionado la habitación, llega hoy en el tren de las 11,47. Sé amable, recógela y no olvides comprarle unas flores y tratarla con simpatía. Intenta presentarte como corresponde a una muchacha de su condición; es la primera vez que viene sola a la ciudad, no conoce la calle ni el barrio donde va a vivir, todo es desconocido para ella, y la gran estación, con el tumulto propio del mediodía, la asustará. Piensa que tiene veinte años y que viene a la ciudad para ser maestra. Es una lástima que no puedas hacerme tus habituales visitas dominicales..., lástima. Saludos de tu padre».

Después pensé a menudo cómo habría ido todo de no haber recogido a Hedwig en la estación: habría emprendido una vida distinta, como cuando uno se mete por descuido en otro tren, una vida que, por entonces, cuando aún no conocía a Hedwig, me parecía bastante pasable. Al menos yo la calificaba así cuando hablaba de ella conmigo mismo; pero esta vida, que me esperaba como el tren al otro lado del andén, el tren que estuve a punto de tomar, esta vida la vivo ahora en mis sueños, y sé que lo que entonces me parecía pasable, se habría convertido en el infierno. Me veo metido en esa vida, me veo sonreír, me oigo hablar, como uno puede ver sonreír u oír hablar en sueños a un hermano gemelo que uno jamás ha tenido; un hermano que estuvo a punto de existir por una milésima de segundo, antes que se perdiera el esperma que lo traía.

Entonces me extrañó que mi padre se hubiese servido del correo urgente para enviar aquella carta, y aún no sabía si tendría tiempo para ir a recoger a Hedwig, ya que desde que me he especializado en la reparación y el cuidado de lavadoras automáticas, los fines de semana y los lunes son muy agitados. Precisamente los

sábados y domingos es cuando los padres de familia, libres de ocupaciones, andan jugando con la lavadora, porque quieren convencerse de la calidad y el buen funcionamiento de tan valiosa adquisición. Estoy sentado junto al teléfono y espero llamadas, algunas de las cuales me obligan a desplazarme a alejadas zonas suburbanas. En el mismo momento de entrar en las casas, siento el olor a quemado de contactos o cables chamuscados, o bien me encuentro con máquinas de las que surge una montaña de espuma como en las películas cómicas; veo hombres contritos, mujeres llorosas que, de los pocos botones que tienen que pulsar, han olvidado pulsar uno, o han pulsado dos veces el mismo; me recreo entonces en mi propia indiferencia, abro indolente la bolsa de las herramientas; con los labios fruncidos, compruebo las averías, manipulo con tranquilidad conmutadores, teclas y enchufes, y explico una vez más con una amable sonrisa, el funcionamiento de la máquina, en tanto que preparo la cantidad prescrita de jabón en polvo; después pongo en marcha la máquina y, mientras me lavo las manos, escucho cortésmente las observaciones de electricista aficionado del señor de la casa, feliz al ver que alguien toma en serio sus conocimientos técnicos. Después, cuando paso el recibo con las horas de trabajo y los kilómetros recorridos, no suelen examinarlo muy a fondo; subo tranquilo a mi coche y me dirijo al siguiente domicilio alarmado.

Doce horas de trabajo, domingos incluidos, y, de vez en cuando, una cita con Wolf Ulla en el Café Joos; los domingos, misa vespertina, a la que casi siempre llegaba tarde, y luego observaba con temor los movimientos del sacerdote, para saber si había empezado el Ofertorio, un suspiro de alivio, si aún no lo había empezado, y luego me dejaba caer cansado en cualquier banco, a veces dormitando y sin despabilarme totalmente hasta que los acólitos tocaban la campanilla para la Consagración. Había momentos en que me odiaba a mí mismo, mi trabajo, mis manos.

Estaba cansado, ese lunes por la mañana. Aún tenía seis llamadas del domingo pendientes. Oí que mi patrona atendía al teléfono en el rellano y decía:

—Sí, le pasaré el encargo.

Me senté en la cama, fumé y pensé en mi padre.

Lo veía por la noche, recorriendo la ciudad para llevar la carta al ferrocarril que pasaba por Knochta a las diez. Lo veía pasar por la plaza de la iglesia, frente a la casa de los Muller, por la estrecha avenida de árboles raquíuticos; después, para acortar el camino, abría el gran portal del gimnasio, cruzaba el oscuro acceso al patio de la escuela, miraba hacia lo alto, hacia la fachada trasera, pintada de amarillo, para ver su clase de penúltimo curso, seguía junto al árbol del centro del patio, que apestaba a la orina del perro del portero; luego veía a mi padre abrir el pequeño portal, que cada mañana permanecía abierto desde las ocho menos cinco hasta las ocho para que entraran los alumnos que llegaban en tren y que, procedentes de la estación, situada

en frente, irrumpían en tromba, mientras Hohnscheid, el portero, permanecía junto al portal, para evitar que se filtrara por él alguno de los alumnos que vivían en la ciudad. Alfred Gruhs, por ejemplo, hijo del jefe de estación, el cual estaba obligado a seguir el largo y desierto camino alrededor de todo el bloque de edificios, sólo porque él no llegaba en el tren. En las tardes estivales, el sol, de color rojo, queda prendido en los relucientes cristales de las clases. El último año que pasé en Knochta, muchas tardes seguía ese mismo camino con mi padre; llevábamos cartas o paquetes para mamá al tren, que venía de la dirección opuesta y luego, a las diez y media, llegaba a Brochen, en cuyo hospital estaba mamá.

Al regresar, mi padre seguía también, casi siempre, ese mismo camino a través del patio de la escuela, porque significaba una reducción de unos cuatro minutos, porque evitaba tener que dar la vuelta al feo bloque de edificios, y porque papá tenía que recoger generalmente un libro o unos cuadernos. Al recordar estas noches de domingo estival en el gimnasio, cayó sobre mí una especie de entumecimiento, en los corredores reinaba una oscuridad gris, algunas gorras aisladas colgaban de las perchas frente a las clases, el suelo estaba recién encerado, el bronce plateado del monumento a los caídos despedía un brillo mate junto al gran rectángulo, blanco como la nieve, donde antes estaba colgado el retrato de Hitler, y el cuello postizo de Scharnhorst se destacaba, rojo como la sangre, junto a la sala de profesores. Una vez intenté quedarme con un formulario de calificaciones sellado, que estaba en la mesa de la sala de profesores. Pero el formulario era de una rigidez tan solemne y crujía tanto cuando intenté doblarlo y meterlo bajo la camisa, que mi padre, el cual estaba junto a un armario, se volvió, me lo quitó con cara de pocos amigos y volvió a echarlo en la mesa. No intentó desarrugarlo, ni tampoco me increpó; pero desde entonces tuve que esperarle siempre en el corredor, acompañado únicamente por el rojo cuello postizo de Scharnhorst y por el rojo de los labios de Ifigenia, cuya imagen estaba colgada junto a la clase del curso superior. No podía hacer otra cosa que mirar la gris oscuridad del corredor y, de vez en cuando, echar una ojeada por la mirilla de la clase. Pero, a través de la mirilla, lo único que se veía era también una gris oscuridad. Una vez encontré un as de corazones en el suelo recién encerado: el rojo era el mismo que el de los labios de Ifigenia y el del cuello de Scharnhorst, y a través del olor a cera fresca, sentí el de la comida escolar. Ante las puertas de las clases, veía claramente las huellas circulares de los peroles calientes en el linóleo, y este olor a sopa, el recuerdo del perol que estaría situado al mediodía del lunes frente a nuestra clase, me despertó el hambre, un hambre que ni el rojo del cuello de Scharnhorst, ni el de los labios de Ifigenia, ni el del as de corazones consiguieron aplacar. Ya de camino hacia casa, le pedí a mi padre que pasáramos por casa de Fundahl, el panadero, para darle las buenas noches y pedirle de paso algún pan o algún pedazo sobrante de sus pasteles de color gris oscuro, cuya capa de mermelada era tan roja como el cuello de Scharnhorst. Mientras nos dirigíamos a casa por las calles oscuras y silenciosas, le sugerí a mi padre el diálogo que debería tener con Fundahl... para

dar a nuestra visita la apariencia de algo casual. Yo mismo estaba sorprendido de mi inventiva, y cuanto más nos acercábamos al establecimiento de Fundahl, más convincentes se hacían mis ideas y mejor era el diálogo imaginario que había de tener mi padre con Fundahl. Papá meneaba la cabeza con energía de un lado a otro, porque el hijo de Fundahl estaba en su clase y era un mal alumno; pero al llegar a la casa de Fundahl, se detuvo, indeciso. Yo sabía lo difícil que le resultaba, pero seguía pinchándole, y mi padre respondía a cada uno de mis intentos con un gesto tan brusco como los que hacen los soldados en las películas cómicas; se acercó a la puerta de la casa de Fundahl y llamó: un domingo por la noche, hacia las diez. Y luego se desarrollaba siempre la misma escena muda: alguien abría la puerta, jamás el mismo Fundahl, y mi padre estaba tan azorado y agitado, que ni siquiera acertaba a dar las buenas noches; entonces el hijo, la hija o la mujer de Fundahl, o cualquiera que estuviese en la puerta, se volvía a gritar hacia el oscuro pasillo:

—Papá, el señor catedrático.

Y mi padre esperaba en silencio, mientras yo me quedaba tras él y tomaba nota de los olores que me llegaban de la cena de los Fundahl: olía a asado o a tocino estofado, y, cuando estaba abierta la puerta del sótano, me llegaba el olor a pan. Luego aparecía Fundahl, entraba en la tienda, traía un pan y, sin envolverlo, se lo tendía a mi padre. Papá lo tomaba sin decir palabra. La primera vez, no llevábamos ni una bolsa ni papel, y papá se puso el pan bajo el brazo, mientras yo andaba silencioso a su lado y observaba su expresión: era siempre una expresión risueña, orgullosa, y nada indicaba lo difícil que había sido aquello para él. Cuando quise tomarle el pan para llevarlo yo, él denegó cariñosamente con la cabeza, y después, al volver a la estación los domingos por la noche, para dejar en el tren el correo de mamá, yo cuidaba siempre de llevar una cartera. Hubo meses en los que ya el martes empezaba a gozar con la perspectiva de aquel pan extra, hasta que un domingo, inesperadamente, fue el propio Fundahl quien nos abrió la puerta. Por la expresión de su rostro, me di cuenta en seguida de que no habría pan: los grandes ojos negros eran duros, la pesada mandíbula era como la de una escultura de un monumento; apenas si movió los labios cuando dijo:

—Sólo puedo vender pan a cambio de vales. Y nunca en domingo.

Y nos dio con la puerta en las narices, la misma puerta que hoy sirve de entrada a su café, donde se reúne el club de jazz local. Lo he visto en el cartel, de un color rojo de sangre: negros radiantes, con los labios pegados a las doradas boquillas de sus trompetas.

Entonces tardamos unos segundos en recobrarlos de la sorpresa y volvimos a casa, yo con la cartera vacía, cuya piel era tan blanda como la de una bolsa de la compra. El rostro de mi padre no era distinto al de siempre: orgulloso y risueño. Dijo:

—Ayer tuve que ponerle una mala nota a su hijo.



Oía a mi patrona, que molía café en la cocina, oía las suaves y amables amonestaciones que le hacía a su hija pequeña... y seguía teniendo ganas de meterme otra vez en la cama y cubrirme la cabeza con el edredón; volví a recordar lo bonitas que antes eran las cosas: en la residencia de aprendices había aprendido a torcer la boca de un modo tan lamentable, que el director, el padre Derichs, me hacía llevar a la cama té y un calentador; mientras los demás bajaban a desayunar, yo volvía a sumergirme en el sueño y no me despertaba hasta que, hacia las once, llegaba la mujer de la limpieza a hacer los dormitorios. Se llamaba Wietzel y yo tenía miedo a la dura mirada de sus ojos azules, miedo a la honradez de sus manos fuertes, y mientras hacía las camas y doblaba las sábanas —evitando mi cama como la de un leproso— me lanzaba por enésima vez aquella amenaza, que aún hoy me suena en los oídos de un modo terrorífico:

—No serás nunca nada..., no llegarás a nada.

Y su compasión cuando murió mi madre y todos estaban amables conmigo, su compasión era para mí todavía peor. Pero cuando, después de la muerte de mamá, volví a cambiar de oficio y de puesto de trabajo, y de nuevo anduve rondando por la casa durante muchos días, hasta que el cura hubo encontrado un nuevo lugar para mí —yo pelaba patatas o paseaba por los corredores con una escoba en la mano—, entonces su compasión volvió a esfumarse, y cada vez que me veía, me lanzaba su profecía:

—No serás nunca nada..., no llegarás a nada.

La temía como a un ave que le rondara a uno graznando, y buscaba refugio en la cocina, donde, bajo la protección de la señora Fechter, me sentía seguro; la ayudaba a poner coles en conserva y a veces me ganaba un pedazo de púding extra al pasar por el gran cepillo las cabezas de los repollos, mientras me dejaba arrullar por la dulzura de las canciones que entonaban las chicas de la cocina. Algunos fragmentos de aquellos cantos, considerados inmorales por la señora Fechter, tenían que camuflarlos con un susurro, fragmentos como «y él la amó en la gran noche oscura». Pero el montón de repollos disminuía más de prisa de lo que yo había pensado, y quedaban aún dos días terribles, que tenía que pasar a las órdenes de la señora Wietzel, con la escoba en la mano. Entonces, el cura me encontró una ocupación con Wickweber, y así, después de ser aprendiz de banca, de vendedor y de carpintero, me inicié como electricista con Wickweber. No hace muchos días, siete años después de aquella época de la residencia de aprendices, vi a la señora Wietzel en una estación de tranvía; detuve el coche, me apeé y le ofrecí llevarla a la ciudad. Aceptó, pero al dejarla en su casa, me dijo muy cordialmente:

—Muchas gracias..., pero un coche no significa, ni mucho menos, que uno haya llegado a ser alguien.

No me cubrí la cabeza con el edredón y me abstuve de decidir si la señora Wietzel

tenía o no razón, porque el hecho de llegar o no llegar a ser alguien me era indiferente.

Cuando mi patrona entró con el desayuno, yo seguía sentado al borde de la cama. Le di la carta de papá y ella la leyó, mientras yo me servía café y me preparaba un panecillo.

—Naturalmente —dijo—: irá usted —y puso la carta en la bandeja, junto al almuerzo—. Tiene que ser amable e invitar a comer a la muchacha. Piense que estas chicas jóvenes tienen casi siempre más apetito del que dicen tener.

Salió, porque sonaba el teléfono, y oí que decía nuevamente:

—Sí, sí, le pasaré el encargo..., sí... —regresó y me dijo—: Ha llamado una señora de la Kurbelstrasse; estaba llorando al hablar por teléfono, porque no sabe cómo arreglárselas con la máquina. Le ruega que vaya en seguida.

—No puedo —dije—, primero tengo que atender las llamadas de ayer.

Mi patrona se encogió de hombros y salió. Desayuné, me lavé y pensé en la hija de Muller, que no conocía. Tenía que haber venido ya a la ciudad en febrero, y yo me había reído con la carta de su padre, con su ortografía, que reconocí aún de las correcciones que ponía en mis desgraciados trabajos de inglés, y con su estilo.

«Mi hija Hedwig», escribió Muller entonces, «irá a la ciudad en febrero, para iniciar sus estudios en la Academia de Pedagogía. Le agradecería que pudiera ayudarme a encontrar para ella una habitación. Seguramente no se acordará usted de mí. Soy director de la Escuela Hoffmann-von-Fallersleben, en la que usted hizo sus estudios durante unos años», era una forma elegante de expresar que, a los dieciséis años, después de repetir por segunda vez el cuarto curso, tuve que dejar la escuela. «Con todo», seguía escribiendo Muller, «tal vez se acuerde usted de mí, y espero que mi petición no le cause demasiadas molestias. La habitación de mi hija no hace falta que sea muy lujosa, pero tampoco debe ser fea; si es posible, que no esté lejos de la Academia de Pedagogía, aunque —si puede usted arreglarlo— tampoco en un barrio que tenga un carácter suburbial; además, me permito insistir en que sea una habitación económica».

Mientras leía esta carta, Muller se convertía para mí en una persona muy distinta a la que vivía en mi recuerdo. Lo recordaba transigente y olvidadizo, e incluso un poco desaliñado; pero ahora surgía la imagen de un pedante y un mezquino, que no correspondía a mi recuerdo.

La misma palabra «económico» bastaba para hacérmelo todo odioso, a pesar de no recordarlo en absoluto como a alguien aborrecible y es que yo odio la palabra «económico».

También mi padre cuenta cosas de los tiempos en que una libra de mantequilla costaba un marco y una habitación amueblada y con derecho a desayuno valía diez marcos; unos tiempos en los que, con treinta pfennig en el bolsillo, podía uno irse a

bailar con una chica. Cuando se cuentan historias de aquellos tiempos, la palabra «económico» se pronuncia siempre con un dejo acusador, como si el interlocutor tuviera la culpa de que ahora la mantequilla cueste cuatro veces más. Tuve que enterarme del precio de todas las cosas —porque nunca podía pagarlo—, cuando era un aprendiz de dieciséis años que iba solo a la ciudad. El hambre me enseñaba los precios. La idea del pan fresco se me metía estúpidamente en la cabeza, y a veces, por la noche, rondaba por la ciudad durante horas y sólo pensaba una cosa: pan. Tenía los ojos ardientes, las rodillas débiles, y sentía que había en mí algo de lobo. Pan. Deseaba el pan como el morfinómano desea la morfina. Tenía miedo de mí mismo y recordaba siempre al hombre que una vez, en la residencia de aprendices, pronunció una conferencia con proyecciones sobre una expedición al Polo Norte y nos contó que habían despedazado peces recién pescados y se los habían comido crudos. Aún ahora, cuando voy a cobrar y después cruzo la ciudad con los billetes y las monedas en el bolsillo, me viene a menudo el recuerdo del temor de lobo que me asaltaba durante aquellos días, y compro el pan tierno que veo en los escaparates de las panaderías; compro dos, que me parecen especialmente apetitosos, y luego otro en la tienda siguiente, y panecillos morenos, muy tostados. Compro muchos y luego se los dejo a la patrona en la cocina, porque yo no puedo comerme ni la cuarta parte del pan que he comprado, y me llena de temor la idea de que el pan pueda estropearse.

Los meses peores fueron para mí los que siguieron a la muerte de mi madre; no tenía ganas de continuar mis estudios de electricista, pero había intentado ya tantas cosas: había sido aprendiz de banca, de vendedor, de carpintero; siempre por dos meses justos, y también odiaba la nueva profesión. Odiaba tanto a mis maestros que a veces me sentía mareado cuando, por la noche, regresaba a la residencia de aprendices en el tranvía repleto. Pero hice todo el aprendizaje, porque me había propuesto demostrarles que podía hacerlo. Cuatro veces por semana podía ir por la noche al Hospital St. Vinzenz, donde estaba de enfermera una parienta lejana de mi madre. Allí me daban sopa, y a veces también pan, y en el banco que había junto a la ventanilla de la cocina, encontraba siempre a otros cuatro o cinco famélicos, a veces hombres viejos, que tendían sus manos temblorosas hacia la taquilla, cuando se abría la portezuela y se hacían visibles los brazos redondos de la hermana Clara. Yo tenía que contenerme para no arrancarles el plato de sopa de las manos. El reparto de sopa se efectuaba siempre tarde, cuando los enfermos llevaban mucho rato dormidos. No querían despertar sus recelos; era como si se practicara una caridad inoportuna con algo que les correspondía a ellos. En el corredor en el que estábamos agachados, había sólo dos bombillas de quince watios, que iluminaban nuestra comida. A veces nuestros sorbos eran interrumpidos, se abría por segunda vez la taquilla y la hermana Clara ponía en la abertura platos de puding. El puding era siempre rojo, de un rojo tan fuerte como los caramelos que hay en las ferias, y cuando nos lanzábamos hacia la taquilla, la hermana Clara estaba tras ella, en la cocina, meneando la cabeza y suspirando, casi siempre con lágrimas en los ojos. Entonces decía:

—Esperad.

Volvía a la cocina y regresaba con un jarro de salsa; la salsa era de color de azufre, tan amarilla como el sol en los cuadros de los pintores domingueros. Y nosotros comíamos la sopa, comíamos el púding..., comíamos la salsa y esperábamos por si volvía a abrirse la taquilla. A veces había también un pedazo de pan..., y una vez al mes, la hermana Clara repartía entre nosotros su ración de cigarrillos: cada uno recibía uno o dos de esos preciosos rollitos blancos; pero casi siempre la hermana Clara abría la ventanilla sólo para decirnos que no tenía nada más. Cada mes cambiaban los grupos que la hermana Clara alimentaba de esta forma; entonces pasábamos al otro grupo, que podía acudir cuatro veces por semana, y el cuarto día era el domingo, y los domingos había a veces patatas con jugo de asado, y yo esperaba con tanta ansia el final de mes, para pasar al otro grupo, con tanta ansia como espera un prisionero el fin de su cautiverio.

Desde entonces odio la palabra «económico», porque la oía siempre de boca de mi maestro; Wickweber era sin duda lo que se suele llamar un hombre honrado; era hábil, conocía su oficio, y a su manera era incluso bondadoso. Aún no había cumplido los dieciséis años cuando entré de aprendiz con él. Tenía por entonces dos operarios y cuatro aprendices, y también un maestro, pero éste trabaja casi siempre en la pequeña fábrica que Wickweber estaba poniendo en marcha precisamente entonces. Wickweber era bien parecido, sano y alegre, y ni siquiera su religiosidad carecía de rasgos simpáticos. Al principio simplemente no me gustó, pero dos meses después lo odiaba sólo por los olores que venían de su cocina; olía a cosas que yo no había probado jamás: a pasteles recién hechos, a carne asada y a grasa caliente, y la bestia que se agitaba en mis entrañas, el hambre... encontraba insoportables aquellos olores. Se encabritaba, agria y ardiente, se alzaba en mi interior, y empecé a odiar a Wickweber, porque, por la mañana, yo llevaba al trabajo dos rebanadas de pan pegadas con mermelada roja, y un cazo lleno de sopa fría, que hubiese tenido que calentar en cualquier edificio en construcción, pero que generalmente engullía ya mientras iba al trabajo. Cuando llegaba, el cazo vacío sonaba en mi caja de herramientas, y yo contaba con que alguna parroquiana me diera después pan, un plato de sopa o cualquier otra cosa comestible. Muchas veces me daban algo. Entonces era yo muy tímido y callado, un arrapiezo alto y flaco, y nadie parecía saber nada, ni tener idea del lobo que habitaba en mi interior. Una vez oí a una mujer que hablaba de mí sin saber que yo estaba escuchando; hablaba en tono elogioso y acabó diciendo:

—¡Tiene un aspecto tan distinguido!

Muy bien, pensé; así que tienes un aspecto distinguido, y empecé a mirarme detenidamente en el espejo que había en el lavabo de la residencia de aprendices. Contemplaba mi rostro pálido, alargado. Hacía avanzar y retroceder los labios y pensaba: éste es, pues, el aspecto que se tiene cuando uno tiene un aspecto distinguido. Y dirigiéndome en voz alta a mi propio rostro en el espejo, decía:

—Me gustaría tener algo que comer.

Por entonces, mi padre me escribía siempre diciendo que vendría alguna vez a ver cómo vivía; pero no vino. Cuando yo iba a casa, me preguntaba cómo iban las cosas en la ciudad, y yo tenía que hablar del mercado negro, de la residencia de aprendices, de mi trabajo, y él movía la cabeza desvalido, y cuando yo hablaba de mi hambre — no hablaba de ella a menudo, pero a veces se me escapaba algo—, mi padre corría a la cocina y reunía todo lo que había en ella de comestibles: manzanas, pan, margarina, y a veces se decidía a cortar unas patatas frías y a echarlas en la sartén para hacerme patatas asadas; una vez volvió de la cocina con expresión desvalida, llevando una berza, y dijo:

—Es todo lo que puedo encontrar..., creo que sirve para hacer una ensalada...

Pero entonces las cosas dejaban ya de gustarme. Tenía la sensación de haber cometido una injusticia, de haberme expresado mal, de haber descrito la vida en la ciudad de una forma que no correspondía a la verdad.

También le decía a qué precio estaba el pan, la mantequilla, el carbón... y él se asustaba a cada precio, pero también parecía olvidarlo en seguida. No obstante, a veces me mandaba dinero y me decía por carta que me comprara pan. Cuando llegaba dinero de mi padre, me dirigía al mercado negro, me compraba un pan de dos o tres libras, recién salido del horno, me sentaba con él en un banco o en cualquier montón de ruinas, partía el pan por la mitad y lo comía con mis manos sucias, arrancando pequeños pedazos y metiéndomelos en la boca. A veces aún estaba humeante, caliente por dentro, y por un instante tenía la sensación de sostener en mis manos un ser vivo, de despedazarlo; pensaba entonces en el hombre que nos dio la conferencia sobre la expedición al Polo Norte y que nos contó cómo despedazaban peces vivos y se los comían crudos. A menudo envolvía parte del pan en un papel de periódico, lo ponía en mi bolsa de herramientas, pero tras andar cien pasos, me detenía, lo desenvolvía de nuevo y me comía todo lo que quedaba, de pie en la calle. Si el pan era de tres libras, quedaba tan satisfecho, que luego, en la residencia de aprendices, le daba el pan de la noche a un compañero y me metía en seguida en la cama. Estaba tendido, envuelto en mis sábanas, solo en el dormitorio, con el estómago lleno de pan dulce, tierno, casi con los sentidos embotados de satisfacción. Eran las ocho de la noche y tenía ante mí once horas de sueño, porque tampoco de sueño tenía nunca bastante. Es posible que, por entonces, mi padre se sintiera indiferente a todo lo que no fuese la enfermedad de mamá. El caso es que, cuando yo estaba en casa, intentaba evitar la palabra hambre y toda alusión a mis dificultades, porque sabía, y también lo veía, que mi padre tenía menos comida que yo: tenía el rostro amarillo, estaba flaco y ausente. Entonces íbamos a visitar a mamá; también ella me daba siempre algo de comer, cuando estaba sentada al borde de la cama. Me daba cosas que había guardado de las comidas o que las visitas le habían traído para obsequiarla: fruta, o una botella de leche, o un pedazo de tarta; pero yo no podía comer nada, porque sabía que estaba enferma de los pulmones y que tenía que comer bien. Ella, sin embargo, me forzaba,

y decía que las cosas se estropearían si yo no las comía. Papá decía:

—Tienes que comer, Clara. Tienes que curarte.

Mamá lloraba, volvía la cabeza a un lado y yo no podía comer nada de lo que me había ofrecido. La cama vecina estaba ocupada por una mujer en cuyos ojos vi el lobo. Me daba cuenta de que aquella mujer se habría comido todo lo que mi madre dejaba y sentí en mi brazo las manos ardientes de mi madre, y vi en sus ojos el miedo a la avidez de su vecina. Mamá me suplicaba y decía:

—Come, hijo, come; sé que tienes hambre y sé cómo se vive en la ciudad.

Pero yo me limitaba a menear la cabeza, devolvía la presión de las manos de mi madre y le rogaba en silencio que dejara de suplicarme, y ella sonreía y no hablaba más de comida, y yo sabía que me había comprendido. Yo decía:

—Quizá estarías mejor en casa, quizá te encontrarías mejor en otra habitación.

Pero mamá contestaba:

—No hay otra habitación, y a casa no me dejan ir, porque mi enfermedad es contagiosa.

Después, cuando hablamos con el médico, papá y yo, odié al médico por su indiferencia; estaba pensando en otra cosa al hablar con nosotros. Mientras respondía a las preguntas de papá, miraba por la puerta o por la ventana, y en sus labios rojos, finos, de curvas suaves, yo veía que mamá moriría. Pero la mujer de la cama vecina murió antes. Un domingo al mediodía, cuando llegamos, acababa de morir. La cama estaba vacía y su marido, que seguramente acababa de recibir la noticia, entró en la sala y buscó en la mesita de noche todos los efectos de su mujer: agujas para el pelo y una polvera, ropa interior y una caja de cerillas; lo hizo en silencio y muy de prisa, sin saludarnos. Era pequeño y delgado, parecía un *sollo*. Tenía la piel oscura y unos ojos diminutos, redondos, y cuando llegó la enfermera de turno, le pidió a gritos una lata de carne que no había encontrado en la mesita de noche.

—¿Dónde está el *corned beef*? —gritó, al acercarse la enfermera—. Lo traje ayer, ayer por la noche, al volver del trabajo, a las diez, y si ha muerto durante la noche, no puede habérselo comido.

Blandía la aguja para el pelo ante la cara de la enfermera de turno. Una espuma amarillenta se detenía en las comisuras de sus labios. Gritaba sin cesar:

—¿Dónde está la carne? Quiero la carne... Lo pondré todo patas arriba si no me devuelven la carne.

La enfermera se puso roja, empezó a gritar y yo creí adivinar en su rostro que era ella quien había robado la carne. El tipo estaba rabioso, tiraba las cosas al suelo, las pisoteaba y gritaba:

—¡Quiero la carne..., pandilla de putas, ladrones, asesinos!

Pasaron unos pocos segundos y mi padre corrió por el pasillo en busca de alguien, y yo me interpose entre la enfermera y el hombre, porque éste se puso a golpear a la mujer; pero era pequeño y escurridizo, mucho más ágil que yo, y consiguió golpear el pecho de la enfermera con sus puños pequeños y oscuros. Vi que, en medio de su

rabia, sonreía sardónicamente, enseñando los dientes; me recordaba las ratas que la cocinera de la residencia de aprendices atrapaba en la ratonera.

—¡La carne, puta, la carne —gritaba—, la carne!

Hasta que mi padre llegó con dos enfermeros, que lo agarraron y lo arrastraron al corredor. Pero a través de la puerta cerrada, aún le oímos gritar:

—¡Devolvedme la carne, ladrones!

Cuando se hizo el silencio en el exterior, nos miramos, y mamá dijo con calma:

—Siempre que venía, se peleaban por el dinero que ella le daba para comprar alimentos; él la increpaba y decía que los precios habían vuelto a subir, y ella nunca le creía; lo que se decían era muy feo, pero ella volvía a darle dinero.

Mamá se calló, echó una ojeada a la cama de la difunta y dijo en voz baja:

—Llevaban veinte años de casados, y su único hijo cayó en la guerra. A veces ella sacaba la fotografía de debajo de la almohada y lloraba. Todavía está ahí, y también el dinero. Él no lo ha encontrado. Y la carne —dijo en voz aún más baja—, la carne aún la pudo comer.

Yo intenté imaginarlo, la mujer de piel oscura y expresión ávida, moribunda, tendida junto a mi madre, en plena noche, comiendo la carne de la lata.

Mi padre me escribía a menudo durante los años que siguieron a la muerte de mamá; cada vez más a menudo, y sus cartas eran cada vez más largas. Casi siempre escribía que vendría a ver cómo vivía yo, pero no vino nunca, y yo viví siete años solo en la ciudad. Después de la muerte de mamá, me propuso cambiar de trabajo y buscar un empleo en Knochta, pero yo quería quedarme en la ciudad, porque empezaba a adaptarme; porque empezaba a descubrir los manejos de Wickweber y tenía interés en acabar el aprendizaje con él. Además había conocido a una muchacha que se llamaba Veronika. Trabajaba en la oficina de Wickweber, era rubia y radiante, y yo estuve con ella a menudo. Las tardes de verano íbamos a pasear por el Rhin o a comer helados, y yo la besaba cuando nos sentábamos en la oscuridad sobre las azules piedras de basalto del malecón, dejando que nuestros pies descalzos colgaran sobre el agua. Si las noches eran claras, podíamos dominar todo el río y nadábamos hacia el viejo buque encallado en medio del agua, nos sentábamos en el banco de hierro, donde antaño, por la noche, se había sentado el patrón con su mujer; la vivienda que existió tras el banco había sido desmantelada mucho antes, sólo podíamos reclinarnos en una barra de hierro. En el fondo de la nave, el agua gorgoteaba. Mis encuentros con Veronika se fueron espaciando al hacerse cargo del trabajo en la oficina la hija de Wickweber y al ser despedida Veronika. Un año después se casó con un viudo que tenía una lechería, no muy lejos de la calle donde vivo ahora. Cuando mi coche se estropea y viajo en tranvía, veo a Veronika en su tienda. Sigue siendo rubia y radiante, pero veo en su rostro los siete años que han transcurrido desde entonces. Ha engordado, y hay ropa de niños tendida en el patio trasero: de color rosa, para una niña, y de color azul, para un niño. Una vez estaba la puerta abierta y la vi, tras el mostrador, sirviendo leche con sus manos grandes y

bellas. Más de una vez me había traído pan, de un primo suyo que trabajaba en una fábrica de pan. Veronika se había empeñado en alimentarme, y siempre que me dio un pedazo de pan, yo tuve aquellas manos muy cerca de mis ojos. Sin embargo, una vez le enseñé el anillo de mamá, y vi en sus ojos el mismo brillo ávido que en los de aquella mujer que, en el hospital, estaba al lado de mi madre.

Durante estos siete años, he conocido demasiado bien los precios, para que pueda gustarme aún la palabra «económico»; no hay nada que sea económico, y los precios del pan son cada día un poco más altos.

Había encontrado mi camino..., así suele decirse: dominaba los conocimientos de mi especialidad hasta el punto de que, para Wickweber, dejé de ser la mano de obra económica que había sido durante tres años. Tengo un pequeño automóvil, e incluso lo he pagado, y llevo unos años ahorrando para la fianza que debo tener preparada con el fin de independizarme de Wickweber y pasarme a la competencia cuando quiera. La mayor parte de las personas con quienes tengo tratos son amables conmigo, y yo lo soy con ellas. Todo es perfectamente soportable. Yo tengo mi propio precio, el precio de mis manos, de mis conocimientos técnicos, de una cierta experiencia, de mi trato amable con los clientes (porque se ponderan mi atractivo personal y mis maneras intachables, que me son especialmente útiles, ya que soy también el representante de las máquinas que he aprendido a reparar a ciegas), y este precio lo he visto subir cada vez más. Todo marcha perfectamente para mí y, entretanto, los precios del pan también han sido reajustados, como suele decirse. Trabajaba doce horas diarias, dormía ocho, y me quedaban cuatro horas de lo que se llama ocio: salía con Ulla, la hija de mi jefe, con quien no estaba comprometido, al menos en la forma que suele llamarse oficial, si bien se daba como cosa hecha que yo me casaría con ella.

Y, sin embargo, para la hermana Clara, del Hospital St. Vinzenz, que me daba sopa, pan, púding de color rojo brillante y salsa de color de azufre, que me regaló quizás unos veinte cigarrillos en total —púding que hoy no me gusta, cigarrillos que hoy no fumaría—, para la hermana Clara, enterrada desde hace tanto tiempo en el cementerio de las monjas, para el recuerdo de su rostro esponjado, de sus ojos tristes y llorosos cuando no tenía más remedio que volver a cerrar la ventanilla, para ella guardo más afecto que todo el que pude conocer saliendo con Ulla. Leía en sus manos y veía en sus ojos los precios que les tendría que pagar; apartaba de mí el encanto de esas mujeres, sus vestidos, sus perfumes, toda esa dignidad, tan económica... y despertaba al lobo que aún dormía en mi interior, el hambre que me enseñaba los precios; lo oía gruñir, cuando, al bailar, ponía mi cabeza en el hombro de una muchacha bonita, y veía que las manos finas y pequeñas que descansaban en mi brazo, en mi hombro, se volvían garras que me podían robar el pan. No son muchos los que me han dado algo: mi padre, mi madre y a veces las chicas de la



fábrica.

## II

Sequé mi navaja de afeitar con una de las hojas de papel secante, de las que siempre tengo colgado un taco junto al lavabo; me las regala el representante de la casa de jabones. Las hojas llevan impresa una boca de mujer, de un rojo de sangre, y debajo se lee lo siguiente: «Por favor, no se limpie el carmín con el pañuelo». Hay otros tacos en cuyas hojas se ve una mano de hombre que corta un pañuelo con una navaja de afeitar, y en ellas está impreso: «Use este papel para sus navajas de afeitar». Pero yo prefiero usar las de la boca roja y regalo las otras a los niños de mi patrona.

Tomé el rollo de cable que Wolf trajo la noche pasada, saqué el dinero del escritorio, donde lo pongo siempre por la noche, suelto, según lo voy sacando de mis bolsillos, y, cuando salía de la habitación, sonó el teléfono. La patrona volvió a decir:

—Sí, le pasaré el encargo.

Después me miró y me tendió el aparato en silencio; yo hice un gesto de negación con la cabeza, pero ella movió la suya con tanta seriedad, que me acerqué a tomar el teléfono. Una quejumbrosa voz de mujer dijo unas palabras de las que sólo entendí:

—Kurbelstrasse..., venga, venga, por favor.

Yo dije:

—Sí, voy...

Y la mujer llorosa volvió a hablar. Yo entendí:

—Discusión..., mi marido..., venga en seguida, por favor.

Yo repetí:

—Sí, ya voy —y colgué.

—No olvide las flores —dijo la patrona—, y piense en la comida. Es casi mediodía.

Olvidé las flores; regresaba a la ciudad desde un apartado suburbio, a pesar de tener una reparación pendiente en otro más cercano, cosa que me habría permitido cobrar dos veces el número de kilómetros y las horas de viaje. Iba de prisa, porque eran ya las once y media, y el tren llegaba a las once y cuarenta y siete. Conocía aquel tren: muchos lunes había vuelto en él a la ciudad, tras visitar a mi padre. De camino hacia la estación, intenté imaginar a la muchacha.

Siete años atrás, durante el último año que pasé en casa, la había visto un par de veces. Aquel año había estado doce veces justas en casa de Muller: una vez al mes, para entregar los cuadernos de trabajo de lenguas modernas que mi padre tenía que leer dentro del turno de profesores. En el margen inferior de la última página, eran visibles las siglas de los tres profesores de lenguas: Mu, o sea Muller; Zbk, o sea Zubanek; y Fen, que era la sigla de mi padre, el cual me había transmitido el apellido Fendrich.

Lo que recordaba con más claridad eran las manchas oscuras de la casa de Muller; el

revestimiento exterior de color verde presentaba unas manchas como nubes negras, que llegaban hasta las ventanas del entresuelo y procedían de la humedad, que iba subiendo. Las manchas formaban fantásticos dibujos, que se me antojaban mapas de un atlas misterioso. En verano, los bordes se secaban y las manchas quedaban rodeadas de coronas blancas como lepra. Pero incluso en plena canícula, las nubes conservaban siempre un núcleo de color gris oscuro. En invierno y en otoño, la humedad volvía a extenderse sobre los bordes de blancas costras y los sobrepasaban como borrones de tinta en un secante, negros y espesos. También recordaba perfectamente el desaliño de Muller, su larga pipa, los lomos de piel de los libros y la fotografía del recibidor, en la que se veía a Muller joven, con una coloreada gorra de estudiante. Bajo la fotografía estaba la orla de la Teutonia, o de cualquier otra hermandad estudiantil. A veces veía al hijo de Muller, que tenía dos años menos que yo; coincidió conmigo en algún curso, pero me había aventajado hacía tiempo. Era huesudo, con el pelo corto, y parecía un cachorro de búfalo. Evitaba estar conmigo más de un minuto, porque era un muchacho amable y probablemente le resultaba penoso estar más tiempo en mi compañía; para él era difícil dar a su voz el tono que, a su parecer, me correspondía: compasión, orgullo y aquella jovialidad artificial y lamentable. De ahí que, cuando coincidía conmigo, se limitara a darme los buenos días con una viveza cálida y a guiarme hasta la habitación de su padre. Sólo dos veces había visto a una chiquilla de doce o trece años. La primera vez estaba jugando con unas macetas vacías en el jardín. Junto a la pared cubierta de musgo, había puesto las macetas, de color rojo claro, formando una pirámide, y tuvo un sobresalto cuando una voz femenina gritó:

—¡Hedwig!

Y era como si su terror se comunicara al montón de macetas, porque la que remataba la pirámide rodó hacia el suelo y se estrelló contra el húmedo cemento oscuro que recubría todo el patio.

Otra vez la vi en el pasillo que conducía a la habitación de Muller. Había arreglado una cama para una muñeca en un cesto de la colada. Mechones de pelo claro caían sobre su delgado cuello infantil, y la oí musitar una melodía, inclinada sobre la invisible muñeca. Era una melodía que yo no conocía y en la que, a intervalos regulares, colocaba una única palabra: Suweija... su... su... su... Suweija. Cuando pasé por su lado, de camino hacia la habitación de Muller, levantó la vista hacia mí, y pude verle la cara: era pálida y delgada, y el pelo rubio colgaba en mechones sobre su rostro. Aquella debía de ser ella, Hedwig, a quien yo tenía que proporcionar ahora una habitación.

Una habitación como la que yo tenía que encontrar para la hija de Muller, era algo que en la ciudad estaban buscando quizá unas veinte mil personas. Pero no había más de dos, quizá sólo una, de tales habitaciones en la ciudad. Y la persona que las alquilaba era uno de esos ángeles desconocidos que muy raras veces se pierden entre los hombres. Yo tengo una de esas habitaciones. La encontré cuando le pedí a papá

que me sacara de la residencia de aprendices. Mi habitación es grande, con pocos muebles, antiguos pero cómodos, y los cuatro años que llevo en ella me parecen una eternidad: he visto nacer a los hijos de mi patrona, soy el padrino del más pequeño, porque fui yo quien avisó a la comadrona en plena noche. Durante muchas semanas, cuando me levantaba de madrugada, le calenté la leche a Robert y le di el biberón, porque mi patrona, agitada por el trabajo nocturno, dormía hasta muy entrada la mañana y yo no me atrevía a despertarla. Su marido es uno de aquellos tipos que pasan por artistas ante todo el mundo, uno de aquellos que han fracasado por culpa de las circunstancias. Se queja durante horas de su juventud perdida, que, según dice, le ha robado la guerra.

—Nos han estafado —dice—, nos han estafado los mejores años que hay en la vida de un hombre, entre los veinte y los veintiocho.

Y esta juventud perdida le sirve de coartada para toda clase de disparates, que su mujer no sólo le perdona, sino que incluso le facilita: el hombre pinta, proyecta edificios, compone...

A mí me parece que no hace nada a derechas, aunque de vez en cuando gane algún dinero. En las habitaciones de la casa están colgados sus proyectos: «casa para un escritor en la colina de Taunus», «casa para un escultor», y en todos los croquis abundan esos árboles que únicamente suelen pintar los arquitectos, y yo aborrezco los árboles de los arquitectos, porque llevo cinco años viéndolos a diario. Me trago sus consejos como quien se traga los remedios que le receta a uno un médico amigo.

—En esta ciudad —dice, por ejemplo—, en esta ciudad, viviendo solo como usted y con su misma edad, tuve que hacer frente a unos peligros que no le envidio y yo sé que se refiere al barrio de la prostitución.

El marido de mi patrona es muy amable, pero a mí me parece un cretino, cuya única cualidad es la de conservar el amor de su mujer, a la que ha hecho unos niños encantadores. Mi patrona es alta y rubia, y hubo un tiempo en que yo estaba tan enamorado de ella, que besaba en secreto sus delantales, sus guantes, y no podía dormir por los celos que tenía del cretino de su marido. Pero ella le quiere. Es evidente que un hombre no necesita ser trabajador ni tener éxito para ser amado por una mujer a la que yo sigo admirando. A veces me sablea unos marcos para ir a uno de esos locales de artistas, donde con corbata de lazo y el pelo despeinado, se da importancia y vacía una botella entera de aguardiente, y yo le doy el dinero, porque me resulta imposible ofender a su esposa humillándole a él. Y él sabe por qué le doy el dinero; tiene aquella astucia sin la cual los vagos se morirían de hambre. Es uno de esos vagos que han conseguido una apariencia de grandes improvisadores, pero yo pienso que ni siquiera es capaz de improvisar.

Siempre creí que yo había dado con una de aquellas habitaciones de las que no hay más que una en toda la ciudad. Por ello me quedé tanto más sorprendido al encontrar para la hija de Muller una casi tan buena como la mía en el centro, en un edificio donde había un salón de lavandería cuyas máquinas estaban a mi cuidado:

compruebo la resistencia de las gomas, renuevo las conducciones de agua antes que se gasten, refuerzo los tornillos antes que se aflojen del todo. Me gusta el centro de la ciudad, esos barrios que, en los últimos cinco años, han cambiado de propietarios y de habitantes como cambia de manos un frac que, usado primero para una boda, lo llevó después un tío arruinado que hacía de músico para ganarse un sobresuelo y cuyos herederos lo empeñaron y no lo recobraron; subastado después en el monte de piedad, lo compró un ropavejero para alquilarlo, y lo alquila a precios módicos a patricios arruinados, invitados por sorpresa a una recepción por cualquier ministro de un Estado que no consiguen localizar en el atlas de su hijo pequeño.

Allí, en el edificio donde ahora está el salón de lavandería, encontré para la hija de Muller una habitación que casi correspondía a las condiciones exigidas: era espaciosa, no mal amueblada, y tenía una gran ventana que daba a uno de los viejos jardines patricios. En pleno centro urbano, reinaba la calma y la tranquilidad después de las cinco de la tarde.

Alquilé la habitación para el 1 de febrero. Después tuve complicaciones, porque, a fines de enero, Muller me escribió que su hija se había puesto enferma y no podía venir hasta el 15 de marzo; me preguntaba si yo podía conseguir que la habitación continuara libre, sin pagar el alquiler. Le escribí una carta furiosa y le expliqué los problemas de la vivienda en la ciudad. Después quedé avergonzado al ver con qué humildad me contestaba y se declaraba dispuesto a pagar seis semanas de alquiler.

Apenas si volví a pensar en la muchacha. Sólo me aseguré de que Muller había ido pagando el alquiler. Lo había enviado, y al informarme, la patrona me preguntó lo mismo que me había preguntado cuando fui a ver la habitación:

—¿Es su amiga, verdad? ¿Seguro que no es su amiga?

—¡Dios mío! —dije malhumorado—, le aseguro que no conozco a la muchacha.

—No tolero —continuó— que...

—Sé lo que usted no tolera —dije—. Pero le repito que no conozco a la muchacha.

—Bien —dijo, y yo la odié por su sonrisa de conejo—, sólo lo pregunto porque con los novios, hago a veces una excepción.

—¡Dios mío! —dije—, ¡novios encima! Tranquilícese, por favor.

Pero no pareció tranquilizarse.

Llegué a la estación con unos minutos de retraso y, mientras echaba las monedas en la máquina de los billetes de andén, intenté recordar a la muchacha que cantaba «Suweija» cuando yo llevaba los cuadernos de lenguas modernas a través del pasillo oscuro, hacia la habitación de Muller. Me situé en la escalera que bajaba al andén y pensé: rubia, veinte años, viene a la ciudad para ser maestra. Al mirar a la gente que pasaba por mi lado me pareció que el mundo estaba lleno de chicas rubias de veinte años, tantas eran las que llegaban en aquel tren. Todas llevaban, maletas en la mano y parecían venir a la ciudad para ser maestras. Estaba demasiado cansado para dirigirme a una de ellas, encendí un cigarrillo y me fui al otro lado de la puerta de

acceso, y vi que tras la barandilla había una chica sentada en una maleta, que había estado todo el tiempo detrás de mí: tenía el pelo oscuro y su abrigo era verde como la hierba crecida durante una cálida noche lluviosa, tan verde que me pareció que debía de oler a hierba. Tenía el pelo oscuro, como los tejados de pizarra después de llover, el rostro blanco, de un blanco casi tan deslumbrante como una capa de revoque fresco, a través de la cual brillan tonos ocres. Pensé que era maquillaje, pero no lo era. Así que vi aquel abrigo de color verde brillante, y aquel rostro, me entró miedo de pronto, el mismo miedo que sienten los descubridores al pisar la tierra desconocida, sabiendo que otra expedición sigue el mismo camino y que quizá ha plantado ya la bandera y tomado posesión del territorio; como los descubridores, obligados a temer que sean en vano las penalidades del largo viaje, todas las fatigas, el jugar a vida o muerte.

Aquella cara se metió muy dentro de mí, me penetró, me pasó de parte a parte como un cuño que, en lugar de hacer presión sobre barras de plata, se encontrase con cera. Era como si me hubiesen atravesado sin sacarme sangre. Durante un momento de locura, sentí el deseo de destruir aquel rostro, como el pintor destruye la piedra litográfica de la que no ha sacado más que una copia.

Dejé caer el cigarrillo y cubrí los seis pasos que tenía de anchura la escalera. El miedo había desaparecido cuando me encontré ante ella. Dije:

—¿Puedo hacer algo por usted?

Ella sonrió, afirmó con la cabeza y dijo:

—Oh, sí, ¿puede usted decirme dónde está la Judengasse?

—La Judengasse —dije yo, y era como si, en sueños, hubiese oído pronunciar mi nombre, sin reconocer que era mi nombre.

Estaba fuera de mí, y era como si comprendiera lo que significa estar uno fuera de sí.

—La Judengasse —dije—, sí, la Judengasse. Venga conmigo.

Vi que se levantaba, cogía la pesada maleta con cierta sorpresa, y yo estaba demasiado turbado para pensar que tenía que llevársela; estaba muy lejos de las cortesías habituales. El descubrimiento, no realizado en aquel instante, de que era Hedwig Muller, un descubrimiento que para mí debía haber sido natural, casi me enloqueció, cuando me dijo «La Judengasse». Algo se había confundido o trastornado. Estaba tan seguro de que la hija de Muller era rubia, de que era una de las innumerables rubias, aspirantes a maestras, que habían pasado junto a mí, que me era imposible identificar con ella aquella muchacha. Y aún hoy dudo con frecuencia de que sea Hedwig Muller, y pronuncio ese nombre vacilando, porque me parece que tengo que descubrir primero cómo se llama.

—Sí, sí —le dije respondiendo a su mirada de interrogación—, venga conmigo.

Y dejé que me pasara delante con la pesada maleta y la seguí hasta la salida.

En ese medio minuto en que anduve tras ella, pensé que la poseería, y que, para poseerla, destruiría cuanto se me pusiera por delante. Me veía a mí mismo

destrozando lavadoras, haciéndolas añicos con un martillo de diez libras. Miraba la espalda de Hedwig, su cuello, sus manos, de las que la sangre había huido a causa del peso de la maleta. Tuve celos del empleado que tocó un momento su mano, cuando ella le tendió el billete..., celos del suelo de la estación en el que ponía los pies. Sólo entonces pensé en tomarle la maleta, cuando casi habíamos llegado a la salida.

—Perdone —le dije, salté a su lado y le cogí la maleta de la mano.

—Ha sido usted muy amable —dijo— al venir a recibirme.

—¡Dios mío! —dije—, ¿me conoce?

—Naturalmente —dijo sonriendo—, he visto su fotografía en el escritorio de su padre.

—¿Conoce usted a mi padre?

—Sí —dijo—, he ido a clase con él.

Metí la maleta en el asiento trasero de mi coche, puse al lado su bolsa y la ayudé a ella a subir, lo que me permitió sostener por primera vez su mano y su codo; era un codo redondo, firme, y la mano era grande, pero ligera; estaba seca y fría, y cuando pasé al otro lado del coche para subir y sentarme al volante, me detuve ante el radiador, abrí el capó e hice como si mirara el motor; pero la miré a ella, sentada tras el parabrisas. Tenía miedo; no era ya el miedo a que alguien la descubriera y la conquistara; ese miedo había pasado, porque no me apartaría ya de su lado, ni ese día ni los días que vinieran, ni en todos los días cuya suma se llama vida. Era otra clase de miedo, el miedo a lo que vendría. El tren que yo iba a tomar estaba dispuesto para la salida, a pleno vapor; los pasajeros ya habían subido, la señal estaba ya levantada y el hombre de la gorra roja había alzado la señal. Todo estaba a la espera de que yo, situado ya en el estribo, me decidiera a subir; pero en aquel mismo momento, salté al andén. Pensaba en las muchas explicaciones que habría tenido que soportar, y ahora sabía que siempre había odiado las explicaciones: Una palabrería interminable y sin sentido, y una insensata búsqueda de culpabilidad e inocencia, reproches, gritos, llamadas, cartas, culpas que yo cargaría sobre mí..., culpas que ya tenía. Vi la otra vida, soportable, transcurrir como una máquina complicada, dispuesta para alguien que ya no estaba allí. Yo ya no estaba: los tornillos se aflojaban, las palancas se ponían al rojo, volaban planchas de hojalata y todo olía a quemado.

Hacía rato que yo había cerrado el capó; apoyaba las manos en la plancha del radiador y, a través del parabrisas, miraba su rostro, partido en dos partes desiguales por el limpiaparabrisas. Me parecía inconcebible que ningún hombre hubiera visto aún lo bonita que era; que nadie la hubiera descubierto. Puede que no existiera hasta el momento en que yo la vi.

Ella me miró, me vio subir y sentarme a su lado, y yo vi en sus ojos el miedo a lo que diría, a lo que iba a hacer. Pero no dije nada, puse en marcha el automóvil sin decir palabra y me dirigí hacia la ciudad; de vez en cuando, cuando giraba a la derecha, le veía el perfil y la contemplaba de lado, y también ella me examinaba. Me encaminaba a la Judengasse, había reducido ya la velocidad, con el fin de detenerme

ante la casa donde ella viviría; pero no sabía aún lo que yo tenía que hacer al detenernos, cuando nos apeásemos y entrásemos en la casa... y entonces atravesé toda la Judengasse, recorrí con ella media ciudad, volví a pasar frente a la estación y a dirigirme a la Judengasse, y entonces frené.

No dije nada cuando la ayudé a apearse y una vez más cogí su mano grande y sentí en la palma de la mía su codo redondo. Tomé la maleta, me dirigí hacia la puerta de la casa, llamé y no me volví a mirarla cuando me seguía con la bolsa. Pasé delante con la maleta, la dejé ante la puerta y luego fui a su encuentro mientras ella subía lentamente la escalera con la bolsa en la mano. No sabía cómo tenía que llamarla, porque tanto Hedwig como señorita Muller me parecían fórmulas inadecuadas para ella. Así que le dije:

—Dentro de media hora volveré a buscarla para comer, ¿quiere?

Ella asintió y me miró pensativa, y era como si tragara algo. No dije nada más, volví a bajar la escalera, me metí en el coche y lo puse en marcha sin saber a dónde ir. No sé qué calles recorrí ni lo que pensé. Sólo sé que el coche me parecía infinitamente vacío, el mismo coche en el que casi siempre iba solo; únicamente alguna vez llevaba en él a Ulla. Intenté imaginar cuál era mi situación una hora antes, cuando me dirigía sin ella a la estación.

Pero en mi recuerdo no pude descubrir ya lo que pasaba antes; me veía a mí mismo, solo, camino de la estación, como quien ve a un hermano gemelo, completamente igual a uno, pero con quien no se tiene nada en común. Sólo volví en mí, al dirigirme en línea recta hacia una floristería. Detuve el coche y entré en la tienda. El interior era frío y un fuerte olor a flores lo llenaba todo, y yo estaba solo. Tenía que haber rosas verdes, pensé, rosas de pétalos verdes, y me vi en el espejo, me vi sacando la cartera, buscando dinero en ella. No me reconocí en seguida en el espejo y me ruboricé porque había pensado en voz alta, «rosas verdes», y pensé que alguien me escuchaba..., sólo me reconocí a mí mismo por el rubor que invadía mi cara, y pensé: así que eres tú, y realmente tienes un aspecto muy distinguido. Del fondo del establecimiento se acercó una anciana señora, cuya dentadura artificial vi brillar y sonreír desde lejos; la mujer venía tragando un bocado de su almuerzo, y luego reaparecía su sonrisa. Y, sin embargo, me pareció que era su sonrisa lo que se había tragado. Por la expresión de su cara vi que me había clasificado entre la clientela que compra rosas rojas, y se encaminó sonriente hacia un gran ramo de rosas rojas que había en un cubo de color plateado. Sus dedos acariciaron las flores con gran suavidad, y a mí me vino la idea de algo monstruoso; pensé en los burdeles contra los que me había advertido el señor Brotig, el marido de mi patrona, y supe de pronto el porqué de mi incomodidad: aquello era como un burdel; yo lo sabía, aunque jamás había pisado un burdel.

—Es un encanto, ¿no? —dijo la mujer.

Pero yo no quería las rosas rojas; jamás me habían gustado.

—Blancas —dije con voz ronca.



Y ella se dirigió sonriente hacia otro cubo, un cubo de bronce, en el que había rosas blancas.

—Ah —dijo—, son para una boda...

Tenía dos billetes y moneda suelta en el bolsillo de la chaqueta, lo puse en el mostrador y —como si fuera un niño que pone todo su dinero en el mostrador y dice: todo esto de bombones— dije:

—Deme usted rosas blancas por este precio..., y con mucho verde.

La mujer tomó el dinero con las puntas de los dedos, lo contó en el mostrador y calculó sobre un papel de envolver cuántas rosas me correspondían por aquella cantidad. Mientras hacía sus cálculos, no sonreía; pero al dirigirse hacia el cubo de bronce donde estaban las rosas blancas, su sonrisa reapareció como un hipo que vuelve repentinamente. El fuerte aroma dulzón que llenaba el aire de la tienda se me subió a la cabeza como un veneno mortal, y entonces di dos largos pasos hacia el mostrador, recogí mi dinero y salí a la calle.

De un salto, me metí en el coche —y me vi a mí mismo, desde una distancia infinita, subiendo al coche como si fuera un ladrón que acabase de vaciar la caja de la tienda—, puse en marcha el automóvil, y cuando divisé la estación ante mí, me pareció que la había visto mil veces cada día durante mil años. No obstante, el reloj de la estación señalaba las doce y diez, y eran las doce menos cuarto cuando puse la moneda en la máquina de los billetes de andén. Me pareció oír aún el ruido de la máquina después de tragarse la moneda, y el chasquido, ligeramente burlón, con que escupió el billete... y en tan poco tiempo había olvidado quién era yo, cuál era mi aspecto y qué profesión tenía.

Di una vuelta a la estación, detuve el coche ante el puesto de flores que había frente al Banco Industrial, me apeé y compré tres marcos de tulipanes amarillos. Había diez, y yo le di otros tres marcos a la mujer y compré otros diez. Llevé las flores al coche, las eché en el asiento trasero, junto a mi bolsa de herramientas, pasé junto al puesto de flores y entré en el Banco Industrial, y cuando saqué el talonario de cheques del bolsillo interior de mi chaqueta y lentamente me encaminé al pupitre que había frente a la caja, me sentí un poco ridículo, y también tuve miedo de que no quisieran pagarme. En la parte de afuera, de color verde, del talonario, tenía anotado el saldo: 1710,80, y llené el cheque con calma; escribí 1700 en la columna de la derecha y «mil setecientos» tras la indicación «con letras». Y al poner mi nombre al pie del talón: Walter Fendrich, me imaginé que yo era alguien que quería falsificar un cheque. Seguía teniendo miedo cuando entregué el cheque a la señorita que estaba junto a la caja, pero ella tomó el cheque sin mirarme, lo puso en una cinta móvil y me dio un cartoncito amarillo con un número. Me quedé de pie al lado de la caja, vi que los cheques volvían por otra cinta móvil hasta el cajero, y el mío no tardó mucho en aparecer. Me sorprendí cuando el cajero gritó mi número; yo dejé el cartón en la blanca losa de mármol y recibí el dinero: eran diez billetes de cien y catorce de cinco.

Tenía una curiosa sensación al salir del banco con el dinero. Era mi dinero, lo

había ahorrado, y no me había sido difícil ahorrarlo, porque había ganado bastante. Pero las blancas columnas de mármol, la puerta dorada por la que salí a la calle, la rígida seriedad en el rostro del portero, todo contribuía a darme la sensación de que había robado mi dinero.

Pero al subir en mi coche, me reí, y me encaminé a toda prisa hacia la Judengasse.

Llamé a la casa de la señora Grohlta, empujé la puerta con la espalda cuando la abrieron desde dentro, subí la escalera cansado y desesperado. Tenía miedo de lo que iba a venir. Sostenía el ramo de flores en la mano, colgando hacia abajo; lo llevaba como si fuera una bolsa de papel llena de patatas. Andaba en línea recta, sin mirar a derecha ni a izquierda. No sé la cara que puso la patrona cuando pasé por su lado, porque no la vi.

Hedwig estaba sentada junto a la ventana, con un libro en la mano. Me di cuenta en seguida de que no leía. Me había deslizado suavemente por el pasillo hasta la puerta de su habitación y había abierto... silenciosamente, como abren las puertas los ladrones (a pesar de no haberlo hecho jamás y de no haberlo aprendido en ninguna parte). Ella cerró el libro de golpe, y aquel pequeño gesto es para mí tan inolvidable como su sonrisa; oigo todavía cómo suenan al cerrarse las dos mitades del libro. El billete de tren que había puesto entre las hojas como punto, voló por los aires, y ni ella ni yo, ninguno de los dos, se agachó para recogerlo.

Me quedé junto a la puerta, divisé los viejos árboles del patio, la ropa de Hedwig, que ella había sacado de la maleta y había echado sin orden en la mesa y las sillas. En el libro, impreso con letras rojas sobre fondo gris, se podía leer claramente: Manual de Pedagogía. Ella estaba entre la cama y la ventana, con los brazos colgantes, las manos un poco cerradas, como si fuera a tocar un tambor, pero sin tener aún los palillos en las manos. La miré, pero no pensaba en ella; pensaba en lo que me contó el operario de Wickweber con quien estuve en mi primer año de aprendizaje. Se llamaba Grömmig, era alto y delgado, y tenía el antebrazo lleno de heridas de metralla. A veces, durante la guerra, había tapado con un pañuelo los rostros de las mujeres que poseía, y a mí me había sorprendido que sus descripciones no me llenaran de espanto. El espanto motivado por las historias de Grömmig se producía precisamente ahora, cuando me hallaba frente a Hedwig con las flores en la mano. Habían pasado seis años, y lo que Grömmig me había contado me pareció lo peor que había oído jamás. Los operarios me habían contado muchas cosas feas, pero ninguno de ellos había tapado con un pañuelo la cara de una mujer... y me parecían inocentes como niños por no haberlo hecho. La cara de Hedwig... Me era imposible pensar algo semejante.

—Váyase —dijo—, váyase inmediatamente.

—Sí —dije—, me voy. —Pero no me fui.

Lo que quería hacer con ella, no lo había hecho jamás con una mujer. Había muchos nombres, muchos vocablos para definirlo, y yo los conocía casi todos, los había aprendido durante mis años escolares, en la residencia y con los compañeros de

la escuela de ingenieros; pero ninguno de esos vocablos era aplicable a lo que quería hacer con ella... y seguía buscando la palabra. Amor no es palabra que lo exprese todo, quizá sólo la que más se aproxima. En el rostro de Hedwig leí lo que se podía leer en mi propio rostro: terror y miedo, nada de lo que se llama deseo, pero sí todo aquello que los hombres, según me habían contado, habían buscado y no habían encontrado... y supe de pronto que ni el mismo Grömmig podía excluirse. Él había buscado belleza tras el pañuelo que ponía en el rostro de la mujer, y a mí me parecía que le habría bastado quitar el pañuelo para encontrarla. Lentamente se disipó lo que desde mi rostro había pasado al rostro de Hedwig, y su rostro resurgió, el rostro que había penetrado profundamente en mi interior.

—Ahora, váyase —dijo.

—¿Quieres las flores? —pregunté.

—Sí.

Las puse en su cama, envueltas en el papel, como estaban, y vi cómo las desenvolvía, las ordenaba y metía los dedos entre las hojas. Era como si recibiera flores cada día.

—Por favor, deme el jarrón —dijo.

Le di el jarrón que tenía a mi lado, en la cómoda cercana a la puerta; ella se me acercó unos pasos y yo, al tomar el jarrón, sentí por un instante el contacto de su mano. En este instante pensé lo que habría podido intentar: atraerla hacia mí, besarla y no soltarla; pero no lo intenté, volví a apoyarme de espaldas a la puerta y vi que echaba agua de la botella en el jarrón y metía en él las flores. Era un vaso de cerámica de color rojo oscuro, y las flores tenían un bonito aspecto cuando las puso en la ventana.

—Váyase —repitió, y yo me volví sin decir palabra, abrí la puerta y salí al pasillo. Estaba oscuro, porque no había ventanas; no llegaba más que la luz grisácea procedente del cristal opalino de la puerta que daba acceso al piso. Deseaba que viniera detrás de mí y que me gritara algo, pero no vino. Yo abrí la puerta del piso y bajé la escalera.

Me detuve en la entrada, fumé un cigarrillo y miré hacia afuera, a la calle. Leí los rótulos con los nombres de los vecinos: Hühnert, Schmitz, Stephanides, Kroll; después venía el nombre de su patrona: Grohlta, y un cartelito impreso: FLINK-lavandería, era el cartel del salón de lavandería.

Antes de terminar el cigarrillo, crucé la calle y me detuve en la acera de enfrente, miré hacia arriba y no perdí de vista el portal de la casa. Me asusté cuando, de pronto, me habló la señora Flink, la propietaria de la lavandería. Seguramente había cruzado la calle, envuelta en su bata blanca, pero yo no la había visto.

—Ah, señor Fendrich —dijo—, me viene usted como anillo al dedo. Una máquina se está recalentando, la chica ha hecho algo que no tenía que hacer.

—Párela —dije sin mirar a la señora Flink.

Mi vista estaba fija en la entrada de la casa.

—¿Es que no puede venir a echarle una ojeada?

—No —dije—, no puedo venir.

—¡Pero si está usted aquí!

—Estoy aquí —dije—, pero no puedo venir a revisar la máquina; tengo que estar aquí.

—¡Esto es el colmo! —dijo la señora Flink—, ¡está usted aquí y no puede ni siquiera venir a echar una ojeada!

Al borde de mi campo visual, vi a la señora Flink que volvía a cruzar la calle, y un minuto después aparecieron en la puerta del salón las muchachas que trabajaban con ella, cuatro o cinco batas blancas. Oí que las muchachas se reían, pero me daba lo mismo.

Así debe ocurrir, pensé, cuando uno se ahoga; agua gris se te introduce en el cuerpo, mucha agua; ya no ves nada, no oyes nada, sólo un zumbido sordo y el agua, gris, de sabor neutro, te parece dulce.

El cerebro me trabaja como una máquina que uno ha olvidado detener: de pronto hallé la solución al problema de álgebra que no pude resolver dos años antes, en el examen de la escuela de ingenieros. El hecho de encontrar la solución me llenó con esa felicidad profunda que se siente cuando a uno se le ocurre de pronto un nombre o una palabra largamente buscados.

Palabras inglesas que no había sabido nueve años antes, en la escuela, me vinieron a las mientes, supe de pronto que cerilla se llamaba *match*. «Ted trajo la pipa a su padre, y el padre de Ted encendió la pipa con la cerilla. El fuego brillaba en la chimenea, y el padre de Ted puso nuevos tizones en el fuego, antes de empezar a contar su estancia en la India». Tizón era *log*, y ahora habría podido traducir la frase que entonces no supo traducir nadie, ni el primero de la clase. Era como si alguien, en sueños, me susurrara vocablos que nunca había oído ni leído. Sin embargo, mis ojos sólo retenían una imagen: la puerta de la casa, de la que en algún momento saldría Hedwig. Era una puerta pintada de marrón, nueva, y me pareció que nunca había visto otra cosa que aquella puerta.

No sé si sufrí: las aguas oscuras se cerraron sobre mí, y al mismo tiempo estaba débil como nunca lo había estado. Pensé que un día u otro tendría que disculparme con la señora Flink; siempre había sido muy amable conmigo, me había proporcionado la habitación para Hedwig, y a veces, cuando yo estaba cansado, me había hecho café. Un día u otro, pensé, tendrás que disculparte con ella. Tendría que hacer muchas cosas, y pensaba en todo, también en la mujer de la Kurbelstrasse, que había llorado al llamar por teléfono y que seguía esperándome.

Ahora sabía lo que siempre había sabido, aunque nunca me lo había confesado en los últimos seis años: que odiaba mi profesión, como había odiado todas las profesiones que intenté aprender. Odiaba las lavadoras, y sentía en mi interior un profundo asco por el olor a lejía, un asco que era más que corporal. Lo que me gustaba de mi oficio era el dinero que me producía, y el dinero lo tenía en el bolsillo.

Lo toqué. Aún estaba.

Fumé otro cigarrillo, y lo hice mecánicamente: sacar el paquete del bolsillo, dar unos golpecitos al cigarrillo; después vi la puerta de color rojo a través de la llamita del mechero, la vi envuelta en el humo azulado del cigarrillo, pero el cigarrillo no me gustó y lo tiré, a medio fumar, en el arroyo. Después, cuando iba a encender otro, noté, por el peso del paquete, que éste estaba vacío, y también dejé caer el paquete.

El hecho de tener hambre, de que por mí circulara un ligero malestar, como circula un líquido por un alambique, todo sucedía fuera de mí. Nunca había sabido cantar, pero allí, frente a la puerta de la que en algún momento saldría Hedwig, allí habría podido cantar. Lo sabía.

Siempre supe que Wickweber era un estafador que actuaba en la legalidad, pero sólo allí, de pie sobre el basalto carcomido del borde de la acera y frente a la puerta de aquella casa, me di cuenta de cuál era la fórmula que permitía la estafa. Yo había trabajado dos años en su fábrica, y luego había tenido que verificar los aparatos fabricados en ella, aparatos cuyo precio de venta calculaba yo mismo junto con Wickweber y Ulla. El material era barato, y bueno, tan bueno como el que se utilizaba para los aviones y submarinos, y Wickweber recibía Vagones de aquel material, y nosotros calculábamos que el precio de venta de una olla a vapor era de noventa marcos; era el precio de tres panes, cuando el mercado —así lo decía— estaba un poco saturado; y el de dos panes, cuando el mercado —según decían— estaba más poroso. Yo mismo había probado las ollas a vapor en la cabina situada sobre la sala de contabilidad y había grabado en ella mi «F» y la fecha, antes de que el mozo las llevara al almacén, donde las envolvían en papel aceitado. Hacía un año que le había comprado a mi padre una olla; Wickweber me la dejó a precio de fábrica. El encargado del almacén me acompañó para que escogiera una. La puse en mi coche y se la llevé a mi padre, y cuando la monté, descubrí mi letra «F» y la fecha: 19-11-47. Esto me pareció raro y pensé en ello como si se tratara de una fórmula con una incógnita, y ahora, en la acera situada frente a la casa de Hedwig, la cosa ya no me parecía rara, y tenía la incógnita: lo que en aquellos años equivalía al precio de tres panes, ahora se vendía al precio de doscientos panes, e incluso yo, con el descuento, había pagado el dinero correspondiente a ciento treinta panes..., y quedé asombrado de que la cantidad fuera tan elevada, de que la incógnita fuera de un valor tan alto. Pensé en todas las planchas, ollas, termos y estufas en los que había grabado mi «F» durante aquellos dos años.

Pensé en la indignación que sentí cuando estuve un invierno en los Alpes con mis padres. Mi padre había fotografiado a mi madre ante un fondo de cumbres nevadas; ella tenía el pelo oscuro y llevaba un abrigo claro. Yo estaba al lado de papá cuando éste sacaba la foto; todo era blanco, excepto el pelo de mamá..., pero en casa, cuando papá me enseñó el negativo, parecía como si una negra de pelo blanco estuviera situada ante enormes montones de carbón. Yo me indigné, y no me satisfizo la explicación química, que no era nada complicada. Siempre creí, y así lo seguía

creyendo hasta entonces, que unas cuantas fórmulas químicas, con soluciones y sales, no bastaban para explicar el fenómeno. La palabra cámara oscura, en cambio, me había entusiasmado. Más tarde, para tranquilizarme, papá fotografió a mamá con un abrigo negro ante los montones de carbón en las afueras de nuestra ciudad; después, en el negativo, vi a una negra de pelo blanco ante unas enormes montañas nevadas; sólo quedaba oscuro lo que era claro en la persona de mamá; su cara. En cambio, su abrigo negro y los montones de carbón aparecían tan claros, tan resplandecientes, como si mamá estuviese sonriendo en medio de la nieve.

No fue menor mi indignación tras esta segunda fotografía; desde entonces jamás me interesaron las pruebas fotográficas, siempre me pareció que no había por qué hacer copias de las fotos, ya que era éste el proceso más defectuoso. Quería ver los negativos y me fascinaba la cámara oscura, donde papá, en unas misteriosas bañeras y bajo una luz roja, dejaba los negativos hasta que la nieve era nieve y el carbón, carbón... pero era una mala nieve y un mal carbón... y a mí me parecía que la nieve del negativo era buen carbón y que el carbón del negativo era buena nieve. Mi padre intentó calmarme diciéndome que sólo había una copia buena de todo aquello y que estaba en una cámara oscura desconocida para nosotros: la memoria de Dios. Esta explicación me pareció entonces demasiado simple, porque Dios era una gran palabra con la que los mayores intentaban taparlo todo.

De pie en el borde de la acera, me pareció comprender a papá: supe que yo, ahí de pie, era fotografiado; que de mí existía una foto, de pie, en la acera —hundido profundamente en las aguas oscuras—; había una fotografía, y yo sentía unas ganas enormes de verla. Si alguien me hubiese hablado en inglés, le habría contestado en inglés. Allí, en el borde de la acera, frente a la casa de Hedwig, vi con toda claridad lo que siempre había temido ver claro, lo que, para decirlo a alguien, siempre me habría producido timidez: que me importaba infinitamente llegar a la misa vespertina antes del ofertorio, y que para mí tenía la misma importancia poder quedarme sentado mientras la iglesia se vaciaba, quedarme a veces hasta que el sacristán hacía sonar su manajo de llaves con la misma ostentación con que los camareros ponen ostentosamente las sillas sobre las mesas, cuando quieren terminar su trabajo; y la tristeza de tener que abandonar el restaurante no es muy distinta a la tristeza que yo había sentido cuando me sacaban de la iglesia, en la que había entrado en el último minuto. Me pareció que comprendía todo lo que hasta entonces no me había sido posible comprender: que Wickweber podía ser una persona devota y a la vez un estafador, y que era ambas cosas de un modo auténtico: devoto y estafador, y abandoné mi odio hacia él lo mismo que un niño abandona un globo que ha tenido en su mano cerrada durante toda una tarde de domingo estival... y luego lo suelta de pronto para verlo subir en el cielo crepuscular, donde se hace cada vez más pequeño, más pequeño, hasta que deja de verse. Incluso se me hizo audible el ligero suspiro con el que, de pronto, dejé suelto mi odio a Wickweber.

Puedes irte, pensé, y por un instante separé la vista de la puerta e intenté seguir el

vuelo de mi suspiro..., y en este instante, un vacío ocupó el lugar donde había estado mi odio, una nada muy ligera, que parecía llevarme a mí como la vejiga natatoria lleva al pez, sólo un instante. Luego sentí que el vacío se llenaba de algo que era tan pesado como el plomo: de una indiferencia que tenía un peso mortal. De vez en cuando miraba mi reloj de pulsera, pero jamás la aguja horaria y la minutería, sino únicamente el diminuto círculo situado, como algo accesorio, encima del número seis. Sólo allí pasaba para mí el tiempo. Sólo aquel dedo delgado y ágil me conmovía, y no los dedos grandes y lentos situados más arriba, y aquel dedo ágil y delgado iba muy de prisa, era una máquina pequeña, muy precisa, que cortaba pedazos de algo invisible, del tiempo, y fresaba y perforaba la nada, y el polvo que saltaba de la nada al ser perforada, caía sobre mí como algo mágico que me convertía en una columna inmóvil.

Vi a las chicas de la lavandería que salían a comer, las vi regresar. Vi a la señora Flink de pie en la puerta del salón, meneando la cabeza. Pasaba gente detrás de mí, y pasaba gente ante la puerta de la casa por donde saldría Hedwig, gente que tapaba la puerta un instante, y pensé todo lo que me quedaba aún por hacer: los nombres de cinco clientes estaban anotados en la hoja blanca que tenía en mi coche, y a las seis tenía una cita con Ulla en el Café Joos, pero olvidé a Ulla una vez más.

Era lunes, 14 de marzo, y Hedwig no salía. Me puse el reloj de pulsera junto a la oreja izquierda y sentí la burlona diligencia de la pequeña aguja, que hacía agujeros en la nada, oscuros agujeros redondos, que empezaron a bailar ante mis ojos, a agruparse en torno a la puerta de la casa; luego volvieron a separarse y se perdieron en el cielo pálido como monedas que uno echa al agua; después, por un instante, mi campo visual volvió a perforarse como una de aquellas planchas de las que, en la fábrica de Wickweber, yo había sacado las cuadradas matrices de níquel. Y en cada uno de los agujeros vi la puerta de la casa, la vi cien veces, siempre la misma; puertas diminutas pero precisas, colgadas una junto a otra entre los engranajes, como sellos en un gran sobre: el rostro del descubridor de la bujía de ignición repetido cien veces.

Sin saber qué hacer, busqué en mi bolsillo el tabaco, aunque sabía que lo había terminado. De hecho, tenía otro paquete en el coche pero el coche estaba unos veinte metros a la derecha de la puerta, y entre él y yo se extendía algo así como un océano. Volví a pensar en la mujer de la Kurbelstrasse que lloraba al hablar por teléfono, como lloran las mujeres que no se las entienden con las máquinas, y de pronto supe que ya no tenía objeto dejar de pensar en Ulla, y pensé en ella: lo hice como quien se decide repentinamente a dar la luz en una habitación donde alguien ha muerto. Las tinieblas le daban aún el aspecto de un durmiente, y uno podía creer que oía su respiración, que veía sus movimientos. Pero la luz inunda de pronto la escena, y uno ve que se han hecho ya todos los preparativos para el duelo: los candelabros están ya colocados, los cubos con ramas de acebo... y hacia la izquierda, bajo los pies del cadáver, se ve una elevación donde el paño se repliega de un modo extraño, y es que el hombre de la funeraria ha puesto allí el martillo con que mañana clavará la tapa del

ataúd, y uno escucha ya ahora lo que oirá mañana: el martilleo desnudo y definitivo, que carece de melodía.

El hecho de que Ulla no supiera nada, empeoraba aún el pensar en ella. Ya nada podía cambiar, nada podía volver atrás —era tan imposible como arrancar los clavos de la tapa del ataúd—, pero ella no lo sabía.

Pensé en la vida que hubiera llevado con ella. Siempre me había contemplado como se contempla una granada de mano que, convertida en un cenicero, se ha colocado como adorno encima del piano. Uno echa en ella la ceniza los domingos, después del café. El lunes se limpia, y mientras uno la está limpiando, tiene siempre la misma picante sensación: un objeto que antes era tan peligroso, verlo ahora cumpliendo una función tan inofensiva, y sobre todo ver cómo el gracioso que fabricó el cenicero ha incorporado al conjunto de un modo original el cordón de la espoleta. Uno puede tirar del blanco botón de porcelana, que parece un pulsador en una lámpara de mesita de noche, y al tirarlo, una batería escondida pone al rojo dos pequeños alambres en los que uno puede encender el cigarrillo. Lo que se fabricó para fines tan poco pacíficos, se ha convertido en un instrumento pacífico. Se puede tirar del cordón novecientos noventa y nueve veces sin recibir ningún daño, pero nadie sabe que a la milésima vez, se pone en marcha un mecanismo secreto que hará explotar el insignificante juguete. No pasa nada malo, unos cuantos trozos de hierro saltan por los aires, sin alcanzar el corazón de nadie, uno se asusta y, en lo sucesivo, actúa con más precauciones.

A Ulla tampoco le pasaría nada malo, ni su corazón quedaría herido, aunque las heridas afectaran a otras muchas cosas distintas del corazón. Hablaría, hablaría mucho, y yo sabía perfectamente lo que diría. De un modo que sería indiferente, tendría razón y querría tener razón, y adoptaría una actitud un poco triunfal, y yo he odiado siempre a las personas que tienen razón y que triunfan, cuando resulta que efectivamente tienen razón. Me sugerían siempre aquellas personas que estaban abonadas a un periódico, que leían por encima los titulares para ver si había algo sensacional, y luego se indignaban de un modo incorrecto, cuando, una mañana, el periódico no aparecía. Como en las pólizas de seguros, habrían tenido que leer el texto impreso en letra pequeña con la misma atención que los titulares.

Hasta que dejé de ver la puerta de la casa, no volví a recordar lo que esperaba; estaba esperando a Hedwig. Ya no veía la puerta, porque me la tapaba un gran vehículo de color rojo oscuro, que yo conocía muy bien. En él había una inscripción en color crema: «Sanitarios Wickweber», y yo crucé la calle, porque tenía que volver a ver la puerta. Anduve lentamente, como si me encontrara debajo del agua, y suspiré como debe suspirar una persona que, a través de bosques de algas y colonias de moluscos, junto a los peces asombrados, asciende lentamente por una orilla empinada, como una montaña, y se asusta, porque ya no siente sobre su cabeza el peso de las columnas de agua, sino la ligereza de las columnas de aire, que soportamos con tanta tranquilidad.



Di la vuelta al camión, y cuando vi nuevamente la puerta de la casa, supe que Hedwig no bajaría. Estaba arriba, en su cama, completamente cubierta por el polvo invisible que la aguja segundera del reloj iba sacando de la nada. Estaba contento de que me hubiese hecho salir de su habitación cuando entré con las flores, y estaba contento de que hubiese sabido inmediatamente lo que yo había deseado hacer con ella, y tenía miedo del momento en que ella ya no me echaría, un momento que había de llegar, un día cualquiera, un día que seguía siendo un lunes.

Ahora, la puerta de la casa me era indiferente, y me sentí estúpido, casi tan estúpido como cuando besé en secreto el delantal de mi patrona. Me encaminé al coche, lo abrí, tomé el paquete de cigarrillos que tenía a la derecha, en la portezuela, bajo el taco de los recibos y para los kilómetros de viaje y las horas de trabajo..., encendí un cigarrillo, cerré el coche y no sabía aún lo que haría: si subiría a la habitación de Hedwig o iría a casa de la mujer de la Kurbelstrasse que había llorado en el teléfono.

De pronto, sentí en mi hombro la mano de Wolf, la sentí como había sentido el peso de las columnas de agua, y al mirar de costado hacia la izquierda, pude incluso ver la mano; era la mano que me había ofrecido innumerables cigarrillos, que había aceptado de mí otros tantos, una mano limpia y activa... e incluso alcancé a ver brillar en esa mano el anillo de compromiso bajo el sol de marzo. Por el ligero y tembloroso movimiento de esa mano, me di cuenta de que Wolf se reía..., con aquella risa queda, interior, como un cloqueo, con la que se reía de los chistes de nuestro profesor en la escuela de ingenieros, y un segundo antes de que me volviera hacia él, tuve la misma sensación que había tenido cuando mi padre me convenció para que tomara parte en un encuentro de excompañeros de escuela: estaban todos, los que habían compartido conmigo tres, cuatro, seis o nueve años de vida, con quienes me había agazapado en el refugio antiaéreo, mientras caían las bombas; los trabajos de la escuela eran como batallas vencidas codo con codo; juntos apagamos la escuela en llamas, pusimos un vendaje al profesor de latín herido y lo sacamos de allí; juntos estuvimos sentados, y era como si aquellas experiencias nos hubieran unido unos a otros eternamente..., pero no estábamos unidos, hacía mucho tiempo que no estábamos unidos eternamente, y lo único que uno recuerda es el sabor desabrido del primer cigarrillo fumado en secreto, y uno pondría la mano en el brazo de la camarera que nos sirve una cerveza, de una persona que vemos por primera vez en la vida y que nos parece de pronto una antigua conocida, casi tan familiar como una madre... comparada con la extrañeza que siente uno frente a aquellos cuya única sabiduría consiste en haber perdido unos ideales que no tuvieron jamás, ideales que uno empieza a amar porque ellos los han perdido: lamentables payasos, que fanfarronean un poco cuando les preguntan cuánto ganan al mes..., y uno sabe de pronto que el único amigo que ha tenido fue el que murió en segundo curso: Jürgen Brolaski, con quien jamás cambió una palabra, porque parecía antipático y demasiado gruñón; ahogado mientras nadaba una tarde de verano; fue a parar bajo una almadía, abajo, en

el aserradero, donde los pastos han reventado el basalto azul del malecón, donde se podía patinar en bañador por las pistas de cemento que servían para alzar los troncos; uno podía ir en patines hasta el agua; había hierbajos entre las losas y se oía el «ya basta, ya basta» del vigilante, que buscaba leña para su estufa. Con su cuerpo flaco y anguloso, Brolaski no tenía patines; su bañador era de color rosa; se lo había hecho su madre de unas enaguas, y a veces yo pensaba que el muchacho nadaba mucho rato para que no se viera su bañador: sólo por pocos momentos se encaramaba a las almadías, se sentaba con las manos cerradas sobre el regazo, el rostro mirando hacia el Rhin, y contemplaba la sombra del puente, de color verde oscuro, que por la noche llegaba hasta el aserradero. Nadie lo había visto saltar al agua, nadie lo echó de menos, hasta que su madre, por la noche, recorrió llorando las calles, de casa en casa:

—¿Has visto a mi hijo? ¿Has visto a Jürgen?

—No.

El padre de Brolaski permanecía junto a la tumba, de uniforme; era un cabo sin condecoraciones; pensativo, alzaba la cabeza como si estuviera escuchando, cuando nosotros cantábamos: «Pronto te ha llamado la muerte, hermano, pronto se te ha llevado a la tumba...».

En el encuentro con mis antiguos compañeros, sólo pude pensar en Brolaski y en el brazo, blanco y hermoso de la camarera, sobre el cual me hubiese gustado poner la mano; en el bañador rosa de Brolaski, cortado de unas enaguas de su madre, con una ancha tira de goma de calcetines en el interior. Brolaski había desaparecido en la sombra verde oscura del puente.

Hermano, pronto te ha llamado la muerte...

Me volví lentamente hacia Wolf; vi su rostro amable y activo, que conocía desde hacía ya siete años, y me avergoncé un poco, como me había avergonzado cuando mi padre me sorprendió robando el formulario de calificaciones.

—Tienes que ayudarme —dijo Wolf—, no encuentro la avería. Ven, por favor.

Me tiró de la mano con precaución, como se hace con un ciego, y me condujo lentamente a la lavandería. Sentí el olor que tantas veces sentía diariamente: el olor a ropa sucia; vi montones de ella en el establecimiento... y vi a las muchachas, a la señora Flink, todas con sus batas blancas, como cuando uno vuelve a ver a unas personas que creía muertas entre la nube de polvo que sigue a una explosión.

—Se han recalentado —oí que decían—, ya hemos probado tres veces... y nada..., y además todas las máquinas..., todas.

—¿Has desatornillado los filtros? —le pregunté a Wolf.

—Sí, estaban sucios. Los he limpiado y los he vuelto a montar, pero las máquinas se siguen recalentando.

—Perderé a mis mejores clientes —dijo la señora Flink—. Hunnenhof..., Hunnenhof es mi mejor cliente, y lo voy a perder, si por la noche no tiene las sábanas limpias.

—Quita las tuberías de agua —le dije a Wolf, y vi cómo las destornillaba en las

cuatro máquinas.

Al mismo tiempo, oí que las chicas hablaban de las sábanas sobre las que hacían ciertas averiguaciones en combinación con las camareras del hotel. A veces me mostraban triunfantes las sábanas, sucias de carmín, de ministros, de actores; me las acercaban para que oliera el perfume que usaba la amante de un funcionario político..., y todas estas cosas me habían parecido divertidas. Pero de pronto supe hasta qué punto me eran indiferentes los ministros y los funcionarios políticos. Su vida privada no me interesaba en absoluto y los secretos de esa vida privada podían irse con el agua jabonosa que salía por el desagüe de las máquinas. Quería salir otra vez a la calle, odiaba las máquinas, odiaba el olor a jabón... Entre sonrisas ahogadas, las muchachas se pasaban las sábanas de un actor de cine conocido por sus devaneos.

Wolf había desatornillado todas las tuberías y me miraba. Tenía un aspecto un poco estúpido.

—¿Han reparado las cañerías? —pregunté a la señora Flink, sin mirarla.

—Sí —dijo—, ayer abrieron la calle de Korbmacher, de donde nos viene el agua.

—En efecto —dijo Wolf, que había dado el agua—, está saliendo sucia y herrumbrosa.

—Déjala correr hasta que salga limpia, vuelve a atornillar las tuberías y las máquinas funcionarán. No perderá usted sus mejores clientes —le dije a la señora Flink—, la ropa estará limpia por la noche.

Y me fui, salí a la calle de nuevo, como se pasa, en sueños, de un paisaje a otro.

Me senté en el estribo del camión de Wickweber, pero no miré a la puerta de la casa. Cerré los ojos y, por un instante, vi el interior de la cámara oscura, vi la imagen del único hombre del que sé que jamás ha gritado, que jamás ha abroncado a nadie..., del único hombre cuya piedad me ha convencido: vi a mi padre. Tenía ante él el fichero, una caja de madera azul donde antes guardábamos nuestras piezas de dominó. La caja está siempre llena a reventar de hojas del mismo tamaño, cortadas por mi padre de papeles sobrantes porque mi padre sólo es avaro de papel. Aprovecha papeles de cartas que empieza y no acaba, hojas de cuadernos escolares sin terminar, corta las partes no impresas de las participaciones matrimoniales y de las esquelas mortuorias. Y las solemnes hojas impresas que invitan a acudir a ciertas manifestaciones, los impresos de papel de hilo que invitan a hacer algo por la causa de la libertad..., todos esos impresos le producen una alegría infantil, porque de cada uno de ellos obtiene, por lo menos, seis hojas que guarda como oro en paño en la antigua caja del dominó. Es el hombre de los papeles. Mete papeles en sus libros, llena de papeles su billetero, y a ellos confía cosas importantes y accesorias. A veces encontraba algunos cuando iba a casa. «Botón de los calzoncillos», decía en uno de ellos, en otro se leía «Mozart», en otro «pilageuse-pilage», y una vez encontré uno con esta inscripción: «He visto en el tranvía una cara como la que debió de tener Jesucristo en su agonía». Antes de hacer alguna diligencia, saca todos sus papeles, los hojea como una baraja, los coloca como si hiciera un solitario y los ordena según su

importancia, formando pequeños montones, como si separara los ases, los reyes, las damas y los valets.

En todos sus libros asoman papeles, metidos entre las hojas. La mayoría están sucios y amarillentos, porque a veces pasan meses hasta que se le ocurre sacarlos. Durante las vacaciones escolares reúne los libros, lee nuevamente los párrafos en los que tiene anotaciones, ordena los papeles, en los que casi siempre ha anotado vocablos, construcciones sintácticas, giros ingleses y franceses, y cuya importancia sólo resulta clara para él cuando los ha visto dos o tres veces. Mantiene abundante correspondencia sobre sus descubrimientos, hace que le manden diccionarios, se cerciora de las cosas con sus colegas y, con una tenacidad amable, arranca las informaciones que puede a los redactores de obras de consulta.

Y en el billetero lleva siempre un papel, señalado con lápiz rojo para indicar su gran importancia, un papel que rompe después de cada una de mis visitas, pero que no tarda en sustituir por otro; es un papel que dice: «Hablar con el chico».

Pensé la sorpresa que tuve cuando descubrí en mí aquella misma tenacidad, durante los años que pasé en la escuela de ingenieros. Lo que yo sabía, lo que conocía, no me estimuló nunca tanto como lo que no sabía ni conocía, y no tuve un momento de descanso hasta que pude desmontar y volver a montar casi en sueños una nueva máquina. Pero mi curiosidad iba siempre emparejada con el deseo de ganar dinero con mis conocimientos: un motivo que hubiera sido totalmente incomprensible para mi padre. Para él no cuenta lo que le pueda costar un solo vocablo, únicamente de franqueo, o cuando hay que intercambiar libros a distancia o efectuar viajes. Él ama estas palabras o giros recién descubiertos como puede amar un zoólogo el descubrimiento de un nuevo animal, y nunca se le ocurriría pedir dinero a nadie por sus descubrimientos.

De nuevo se posó en mi hombro la mano de Wolf, y sentí que me levantaba del estribo, que andaba hacia mi coche y que, desde fuera, miraba a través del parabrisas el sitio que había ocupado Hedwig; estaba tan vacío...

—¿Qué pasa? —dijo Wolf—. ¿Qué le has hecho a la pobre señora Flink? Está completamente trastornada.

Me callé. Wolf volvió a ponerme la mano en el hombro, me empujó hacia la Korbmacherstrasse pasando junto a mi coche.

—Me llamó —dijo Wolf—, y en su voz había algo que me obligó a acudir inmediatamente..., algo que no tiene nada que ver con sus máquinas.

Yo callaba.

—Ven —dijo Wolf—, un café te sentará bien.

—Sí —dije en voz baja—, un café me sentará muy bien. Aparté su mano de mi hombro, me adelanté a él y me metí por la Korbmacherstrasse, donde conocía un pequeño café.

Una mujer joven vaciaba en un escaparate un saco de tela blanca que contenía panecillos. Los panecillos se amontonaban junto al cristal, y yo pude ver su parte inferior, lisa y marrón, y sus dorsos tostados, y el color claro, muy claro, de la parte superior, donde el panadero había practicado un corte; rodaban aún cuando la mujer había vuelto ya a la tienda, y por un momento me parecieron peces, peces mudos y planos, apretujados en el interior de un acuario.

—¿Aquí? —dijo Wolf.

—Sí, aquí —contesté.

Se me adelantó meneando la cabeza, pero sonriente, cuando, tras pasar junto al mostrador, lo llevé a la sala pequeña, que estaba vacía.

—No está mal —dijo al sentarse.

—No —dije yo—, no está mal.

—Oh —dijo Wolf—, basta con mirarte para saber lo que te pasa.

—¿Qué me pasa? —pregunté.

—Oh —dijo con una sonrisa—, nada. Pareces uno que se ha suicidado. Ya veo que hoy es imposible contar contigo para nada.

La joven trajo el café que Wolf había pedido en la tienda que precedía a la sala.

—Papá está furioso —dijo Wolf—. Ha estado telefoneando durante todo el mediodía y tú no estabas en ninguna parte, no había forma de encontrarte, ni en el número que diste a la señora Brotig. No le excites —continuó diciendo Wolf—, porque está muy enfadado. Ya sabes que no quiere bromas en el negocio.

—No —dije yo—, no quiere bromas en el negocio.

Me tomé el café, me levanté, fui hacia la tienda y le pedí tres panecillos a la joven; me dio un plato y yo negué con la cabeza cuando se disponía a darme un cuchillo. Puse los tres panecillos en el plato, regresé a la sala, me senté y abrí un panecillo juntando los pulgares sobre el corte blanco de su parte superior, lo partí en dos y, después de comer el primer pedazo, sentí que el malestar dejaba de circular por mi interior.

—Dios mío —dijo Wolf—, no tienes ninguna necesidad de comer pan solo.

—No —dije—, no tengo ninguna necesidad.

—No se puede hablar contigo —dijo él.

—No —dije—, no se puede hablar conmigo. Márchate.

—Bien —dijo—, puede que mañana vuelvas a estar normal.

Se rió, se levantó, llamó a la mujer de la tienda, le pagó los dos cafés y los tres panecillos, y al darle dos monedas de propina, la joven sonrió y las puso en su mano limpia y activa, y luego las metió en su portamonedas con una inclinación de cabeza. Abrí el segundo panecillo y sentí la mirada de Wolf que iba de mi nuca a mi pelo, y seguía el perfil de mi rostro.

—Por otra parte —dijo—, la cosa ha resultado.

Le miré interrogativamente.

—¿No te habló ayer Ulla del contrato para la Tritonia?

—Sí —dije en voz baja—, ayer me habló.

—Tenemos el contrato —dijo Wolf radiante—. Esta mañana ha llegado la adjudicación. Espero que hayas vuelto en ti el viernes, cuando empecemos. ¿Qué le digo a papá? ¿Qué quieres que le diga a papá? Está tan furioso contigo como no lo ha estado nunca desde aquella estúpida historia.

Deje el panecillo a un lado y me levanté.

—¿Desde qué historia? —dije.

Vi en su rostro que le sabía mal haber empezado a hablar, pero lo había hecho..., y yo abrí el bolsillo trasero de mi pantalón, donde tenía el dinero. Dejé que los billetes acariciaran mi mano y recordé de pronto que sólo eran billetes de cien y de cincuenta; volví a embolsarme el dinero, abroché el botón y me saqué la cartera de la chaqueta, donde tenía aún el dinero que me había vuelto a llevar del mostrador de la floristería. Tomé un billete de veinte marcos, una pieza de dos y cincuenta pfennig, le cogí la mano derecha a Wolf, la abrí y le metí en ella el dinero.

—Esto es por aquella historia —dije—. Las planchas de cocina que me quedé costaban dos marcos veinticinco. Dale el dinero a tu padre. Había exactamente diez. La historia —continué diciendo en voz baja— sucedió hace unos seis años, pero no la habéis olvidado. Me alegra que me la recuerdes.

—Siento haberla mencionado —dijo Wolf.

—Pero la has mencionado, aquí y ahora..., y ya tienes el dinero. Dáselo a tu padre.

—Vuelve a tomar ese dinero —dijo—, no puedes hacer esto.

—¿Por qué no? —dije con calma—, entonces robé y ahora pago lo que robé. ¿Hay algo más en la cuenta?

Calló, y me dio lástima, porque no sabía qué hacer con el dinero: lo tenía en la mano, y vi que se formaban gotitas de sudor en aquella mano abombada, y también en su rostro. Puso la cara que ponía cuando los operarios le reñían, o cuando contaban indecencias.

—Los dos teníamos dieciséis años cuando pasó aquello —dije—, estábamos empezando el aprendizaje... y ahora tú tienes veintitrés, y no lo has olvidado. Vamos, dame el dinero, si te molesta. Puedo mandárselo a tu padre.

Le abrí la mano, que estaba caliente y húmeda de sudor, y volví a poner las monedas y el billete en el bolsillo de la chaqueta.

—Ahora vete —dije en voz baja.

Pero él se quedó de pie y me miró como me había mirado entonces, al descubrirse que yo había robado. No lo creyó y me había defendido con su voz juvenil, clara y apasionada, y a mí me pareció —aunque habíamos nacido en el mismo mes— que era un hermano mucho menor, dispuesto a recibir los golpes que uno ha merecido. El viejo le abroncó y acabó por abofetearle, y yo habría dado mil panes por no tener que confesar el robo. Pero tuve que confesar; en el patio que había frente al taller, ya a oscuras, bajo la triste luz de la bombilla de quince watios que colgaba de un

portalámparas oxidado y se movía al viento de noviembre. La voz clara e infantil de Wolf fue cortada por el «sí» seco que pronuncié cuando el viejo me preguntó. Y ambos cruzamos el patio en dirección a la casa. En su corazón infantil, Wolf me había considerado siempre un «tipo estupendo», y había sido muy malo para él tener que quitarme aquel título. Me sentía imbécil y miserable cuando regresaba en el tranvía a la residencia de aprendices. Ni por un segundo había sentido remordimientos a causa de las planchas de cocina robadas; las había cambiado por pan y tabaco. Había empezado a preocuparme por los precios de las cosas. Nada me importaba que Wolf me considerara un tipo estupendo, pero sí me importaba que dejara de considerarme como tal injustamente.

A la mañana siguiente, el viejo me llamó a su despacho, hizo salir a Veronika. Sus manos oscuras jugaban inquietas con el cigarro; después se quitó de la cabeza su sombrero de fieltro verde —cosa que hacía muy raras veces— y dijo:

—Acabo de llamar al padre Derichs y me ha dicho que tu madre ha muerto hace poco. No hablemos más, nunca más, ¿me oyes? Ahora vete.

Me fui, y al regresar al taller, pensé: ¿de qué no hay que hablar? ¿De la muerte de mamá? Y odié al viejo todavía más que antes; no sé por qué motivo, pero sé que tenía un motivo. Desde entonces no se habló de la historia, nunca más —y yo no volví a robar, no porque considerara que el robar fuese malo, sino porque me aterraba que volvieran a perdonarme a causa de la muerte de mamá.

—Ahora vete —le dije a Wolf—, vete...

—Lo siento —dijo—, yo...

Sus ojos parecían indicar que creía aún en tipos estupendos, y yo le dije:

—Ya está bien, no pienses más en ello y márchate.

Su aspecto era ahora el de un hombre que, a los cuarenta años, pierde lo que se llama unos ideales; un poco suave y amable, lo que se suele llamar también un «tipo estupendo».

—¿Qué le digo a papá?

—¿Te envía él?

—No —dijo—, sólo sé que está muy enfadado y que intentará localizarte para hablar contigo sobre el contrato de la Tritonia.

—No sé todavía lo que va a suceder.

—¿De veras no lo sabes?

—No —dije—, no lo sé.

—¿Es cierto lo que dicen las chicas de la señora Flink? Dicen que andas detrás de una muchacha.

—Sí —dije—, es cierto lo que dicen las chicas. Ando detrás de una muchacha.

—Dios mío —dijo—. No habría que dejarte solo, con tanto dinero.

—Hay que dejarme solo —dije en voz muy baja—. Ahora vete, y, por favor —dije en voz aún más baja—, no vuelvas a preguntarme lo que tienes que decirle a tu padre.

Se fue, lo vi pasar por la calle, junto al escaparate, con los brazos caídos, como un boxeador que va a un combate en el que no tiene ninguna posibilidad de ganar. Esperé hasta que debió de desaparecer por la esquina de la Korbmacherstrasse, después me situé junto a la puerta abierta del establecimiento y esperé hasta que vi salir el camión de Wickweber hacia la estación. Volví a la sala del fondo, me tomé el café de pie y me metí el tercer pan en el bolsillo. Eché una ojeada al reloj de pulsera, esta vez a la parte alta de la esfera, donde el tiempo iba avanzando sin ruido y con lentitud. Esperaba que fueran las cinco y media o las seis, pero no eran más que las cuatro. Dije «Hasta la vista» a la joven que estaba tras el mostrador y me encaminé hacia el coche. En la juntura de los dos asientos delanteros vi una de las blancas esquinas de la hoja donde, por la mañana, había anotado los clientes a quienes habría tenido que visitar. Abrí la portezuela, saqué el papel, lo rompí y tiré los pedazos a la calzada. Lo que más me hubiese gustado habría sido ir al otro lado de la calle y hundirme profundamente, muy profundamente, en el agua; pero la idea de hacerlo me avergonzó, me dirigí hacia la puerta de la casa en que vivía Hedwig y toqué el timbre; pulsé el botón dos, tres veces, y una vez más, y esperé el ruido del vibrador eléctrico, pero el ruido no se produjo, y llamé dos veces más, y tampoco sonó el vibrador. Volví a sentir miedo, el mismo miedo que había tenido antes de pasar al otro lado de la escalera de salida en la estación... pero después oí pasos, pasos que no podían ser los de la señora Grohlta, pasos rápidos que bajaban la escalera, cruzaban el vestíbulo... y Hedwig abrió la puerta; era más alta de lo que recordaba, casi tan alta como yo, y ambos nos asustamos cuando nos vimos tan cerca el uno del otro. Ella retrocedió un poco, pero mantuvo la puerta abierta, y yo sabía lo pesada que era, porque teníamos que sostenerla cuando entrábamos las máquinas para la señora Flink, hasta que la señora Flink venía y la aseguraba con un gancho.

—Hay un gancho en la puerta —dije.

—¿Dónde? —respondió Hedwig.

—Aquí —dije yo, y golpeé encima del pomo, desde fuera, y su mano izquierda y su cara desaparecieron un instante en la oscuridad, detrás de la puerta. La luz de la calle la iluminaba, y pude contemplarla bien. Sabía que para ella era terrible ser observada de aquella forma, como una imagen, pero ella resistió mi mirada; tan sólo dejó colgar un poco el labio inferior, y me miró con tanta atención como yo la estaba mirando a ella, y sentí que mi miedo se esfumaba. De nuevo sentí el dolor con que aquel rostro se me metía dentro.

—Entonces era usted rubia —le dije.

—¿Entonces? ¿Cuándo? —preguntó.

—Hace siete años, poco antes de que yo me marchara de casa.

—Sí —dijo sonriendo—, entonces era rubia y anémica.

—Esta mañana yo estaba buscando chicas rubias —dije— y usted estuvo todo el tiempo detrás de mí, sentada en la maleta.

—No tanto tiempo —dijo—. Acababa de sentarme cuando usted llegó. Le



reconocí en seguida, pero no quise hablarle —y sonrió.

—¿Por qué? —dije.

—Porque tenía cara de pocos amigos, y porque era tan alto y tenía un aspecto tan importante, y a mí me dan miedo las personas importantes.

—¿Qué pensaba? —pregunté.

—Oh, nada —dijo ella—. Pensaba: así que éste es el joven Fendrich; en la foto que tiene su padre, está usted más joven. No hablan muy bien de usted. Alguien me contó que había usted robado.

Se ruborizó, y me di cuenta de que no estaba anémica, por la sangre que afluyó a su rostro. Se puso tan colorada, que se me hizo insoportable continuar mirándola.

—No —dije en voz baja—, no se ponga colorada. Es cierto que robé, pero hace ya seis años, y fue porque..., ahora volvería a hacerlo. ¿Quién se lo contó?

—Mi hermano —dijo—, y no es un mal muchacho.

—No —dije—, no lo es. Y usted pensó que yo había robado cuando salí de esta casa.

—Sí —dijo—, lo pensé, pero no mucho tiempo.

—¿Cuánto? —le pregunté.

—No lo sé —dijo sonriente—, también pensé en otras cosas. Yo tenía hambre —dijo—, pero me daba miedo bajar, porque sabía que usted estaba abajo.

Saqué el pan del bolsillo de la chaqueta, lo tomó sonriendo, lo partió con rapidez y vi su pulgar blanco y fuerte hundirse en la suave masa, como en una almohada. Comió un bocado, y antes de tomar el segundo, le dije:

—¿No sabe usted quién le contó mi robo a su hermano?

—¿Le interesa mucho saberlo?

—Sí —dije—, muchísimo.

—Seguramente fueron las personas —y enrojeció de nuevo— a las que usted robó. Mi hermano dijo: lo sé de primera mano.

Tomó el segundo bocado, me miró un instante y dijo en voz baja:

—Me sabe mal haberle despedido como lo hice, pero tenía miedo, y cuando lo hice no pensaba en la historia que me había contado mi hermano.

—Casi estoy deseando —dije— haber robado de verdad; es estúpido, pero no fue más que un resbalón. Yo era muy joven entonces, y demasiado temeroso..., ahora lo haría mejor.

—¿Ni el menor asomo de arrepentimiento, no? —dijo, y se metió otro pedazo de pan en la boca.

—No —dije—, ni el menor asomo; sólo fue desagradable cuando se descubrió, y yo no podía defenderme. Y me perdonaron..., ¿sabe lo magnífico que resulta ser perdonado por algo de lo que uno no se siente culpable?

—No —dijo—, no lo sé; pero me imagino que es malo. ¿No tiene usted —dijo sonriente—, no tiene usted por casualidad otro pan en el bolsillo? ¿Qué hace usted con ellos? ¿Echa migas a los pájaros o tiene miedo a morir de hambre?

—Yo siempre tengo miedo a morir de hambre —dije—. ¿Quiere más pan?

—Sí —respondió.

—Venga —le dije—, lo compraré.

—Es como si uno estuviera en el desierto —dijo—. Llevo siete horas sin comer ni beber nada.

—Venga —dije.

Se calló y dejó de sonreír.

—Vendré con usted —dijo muy lentamente—, si me promete que no volverá a meterse de repente en mi habitación con tantas flores como antes.

—Se lo prometo —dije.

Se inclinó tras la puerta, soltó el gancho y lo oí sonar contra la pared.

—No está lejos —dije—, al otro lado de la esquina, venga.

Pero ella no se movió. Con la espalda sostenía la puerta, para que no se cerrase. Esperó a que pasara delante. Yo andaba unos pasos delante de ella, a veces me volvía. Me di cuenta de que había tomado el bolso.

Tras el mostrador del café había ahora un hombre, que cortaba una tarta fresca de manzana con un gran cuchillo. El adorno marrón, en forma de reja, que formaba la pasta sobre la verde compota de manzana, era tierno, y el hombre introducía el cuchillo en la tarta con mucha precaución, para no deshacerlo. Nos quedamos parados junto al mostrador, en silencio, y contemplamos al hombre.

—Aquí también hay caldo de gallina y sopa de *gulasch* —le dije a Hedwig en voz baja.

—Sí —dijo el hombre sin mirarnos—. Puedo servírselo, si lo desean.

Tenía el pelo negro y tupido, que le asomaba bajo el gorro de panadero. Olía a pan, como las campesinas huelen a leche.

—No —dijo Hedwig—, no quiero sopa. Tarta, sí.

—¿Cuánta? —dijo el hombre. Hizo el último corte en la tarta, sacó el cuchillo con un gesto brusco y contempló su obra sonriendo.

—¿Apuestan algo —dijo, y todo su rostro flaco y oscuro, se frunció en una sonrisa—, apuestan algo a que todas las porciones son idénticas y pesan lo mismo? Todo lo más —y dejó el cuchillo a un lado—, todo lo más dos o tres gramos de diferencia, es inevitable. ¿Apuestan algo?

—No —dije sonriendo—, no quiero apostar. Perdería la apuesta.

La tarta parecía el rosetón de una catedral.

—Seguro —dijo el hombre—, seguro que perdería. ¿Cuánto les pongo?

Miré a Hedwig interrogativamente. Ella sonrió y dijo:

—Uno es demasiado poco, y dos es demasiado.

—Entonces uno y medio —dijo el hombre.

—¿Se puede? —preguntó Hedwig.

—Claro que sí —dijo él, tomó el cuchillo y cortó uno de los pedazos exactamente por la mitad.

—Uno y medio para cada uno —dije—, y café.

En la mesa donde yo había estado con Wolf, había aún las dos tazas, y en mi plato quedaban aún migas de los panecillos. Hedwig se sentó en la silla de Wolf, yo saqué los cigarrillos y le ofrecí el paquete a Hedwig.

—No —dijo—, gracias. Quizá más tarde.

—Tengo que preguntarle algo —dije, y me senté—, algo que siempre tuve ganas de preguntarle a su padre..., pero, como es lógico, tenía miedo de hacerlo.

—¿De qué se trata? —dijo.

—¿A qué se debe —dije— que usted se llame Muller y no Müller?

—Ah —dijo— es una historia estúpida, que me ha indignado más de una vez.

—¿Cómo?

—Mi abuelo aún se llamaba Müller, pero tenía mucho dinero y le parecía que su nombre era demasiado vulgar, y pagó una cantidad astronómica para borrar los dos puntitos de nuestra U. Me daba rabia.

—¿Por qué?

—Porque preferiría llamarme Müller y tener el dinero que costó borrar los dos puntitos, que no tienen la culpa de nada. Me gustaría tener ese dinero, así no tendría que ser maestra.

—¿No le gustará serlo? —pregunté.

—Ni me disgustará —dijo—, pero tampoco estoy loca por ser maestra. Papá dice que tengo que serlo para poder mantenerme.

—Si usted quiere —dije en voz baja—, yo la mantendré.

Enrojeció, y yo me alegré de habérselo dicho por fin, y de haber podido decírselo de aquella forma. También me alegró que viniera el hombre con el café. Puso la cafetera en la mesa, sacó las tazas sucias y dijo:

—¿Quieren nata en la tarta?

—Sí —dijo—, nata, por favor.

Se marchó, y Hedwig sirvió el café. Seguía ruborizada y yo miré, por encima de ella, una fotografía que estaba colgada en la pared. Era una estatua de mármol que representaba una mujer. Muchas veces había pasado por su lado y nunca supe a quién representaba. Me alegró poder leer, debajo de la fotografía: Monumento a la emperatriz Augusta. Y así supe quién era aquella mujer.

El hombre trajo la tarta. Me puse leche en el café, lo removí, corté un poco de tarta con la cucharilla y me alegró ver que Hedwig también había empezado a comer. Ya no estaba colorada, y dijo, sin levantar la vista de su plato:

—¡Vaya forma de mantenerme! Muchas flores y un panecillo comido en la puerta de la calle.

—Y después —dije—, tarta con nata y café. Y luego, por la noche, lo que mi madre llamaba una cena como Dios manda.

—Sí —dijo—, también mi madre decía que cada día tenía que comer como Dios manda.

—¿A las siete, quizá? —dije.

—¿Hoy? —dijo ella.

Y yo contesté:

—Sí.

—No —dijo—, esta noche no puedo. Tengo que visitar a una pariente de papá. Vive en las afueras, y hace tiempo que tiene ganas de tenerme aquí en la ciudad.

—¿Tiene ganas de ir? —pregunté.

—No —dijo—, es una de aquellas mujeres que con una sola ojeada adivinan el tiempo que hace que una no ha lavado los visillos. Y lo peor es que lo que ella dice es siempre la verdad. Si ahora nos viera, diría: quiere seducirte.

—Es cierto —dije—. Quiero seducirla.

—Lo sé —dijo Hedwig—. No, no tengo ganas de ir a verla.

—No vaya —dije—; para mí, sería muy bonito volverla a ver aquí esta noche. A la gente que no nos gusta, no hay por qué visitarla.

—Bien —dijo—, no iré. Pero si no voy, vendrá a verme y me llevará a su casa. Tiene coche y es terriblemente decidida; no, «de armas tomar», así es como la define mi padre.

—Odio a la gente de armas tomar —dije.

—Yo también —dijo ella.

Comió el resto de la tarta y, con la cucharilla, reunió toda la nata que se había desprendido de la tarta.

—No acabo de decidirme a ir donde tenía que estar a las seis —dije—. Tenía que ver a la chica con quien algún día debía casarme, y quería decirle que no deseo casarme con ella.

Hedwig había tomado la cafetera para servir más café; se quedó pensando, y dijo:

—¿Depende de mí, que se lo diga o no se lo diga?

—No —dije—, sólo depende de mí. Tengo que decírselo de todos modos.

—Entonces vaya y dígaselo... ¿Quién es?

—Es la chica —dije— a cuyo padre le robé, y probablemente fue ella quien se lo contó al hermano de usted.

—Oh —dijo— esto lo hace todo más fácil.

—Demasiado fácil —dije—, tan fácil que casi será como si uno anulara el abono de un periódico. Lo que a uno le sabe mal no es el periódico, sino la mujer que lo trae, que pierde una propina mensual.

—Vaya —dijo— y yo no iré a ver a la pariente de mi padre. ¿Cuándo tiene que irse?

—Hacia las seis —dije—, pero todavía no son las cinco.

—Déjeme sola —dijo Hedwig—, busque una papelería y cómpreme una postal. He prometido a mi familia escribirles diariamente.

—¿Quiere otro café? —pregunté.

—No —dijo—, pero deme un cigarrillo.

Le tendí el paquete y tomó un cigarrillo. Le di fuego y, cuando aún no había dejado la tienda y estaba pagando, la vi sentada; fumaba. Por la forma de sostener el cigarrillo y de sacar el humo, me di cuenta de que fumaba poco. Cuando regresé una vez más a la sala, levantó la vista hacia mí y me dijo:

—¿Por qué no se va?

Volví a salir, y aún pude ver cómo abría el bolso. El forro del bolso era tan verde como su abrigo.

Crucé toda la Korbmacherstrasse, doblé la esquina hacia la Netzmacherstrasse; había refrescado, y en muchos escaparates habían encendido ya las luces. Tuve que recorrer toda la Netzmacherstrasse para encontrar una papelería. La tienda tenía unos estantes pasados de moda, donde los objetos se amontonaban sin orden ni concierto. En el mostrador había una baraja, que seguramente alguien examinó sin encontrarla lo bastante buena. Había dejado las cartas defectuosas junto al envoltorio roto. Un as de *carreaux*, en el que se veía el gran *carreau* del centro del naipe, descolorido, y un nueve de *pique* que tenía un ángulo doblado. También había bolígrafos esparcidos en torno al bloc en que un comprador los había probado. Apoyé los brazos en el mostrador y contemplé el bloc. Había arabescos, garabatos enérgicos; alguien había escrito «Brunostrasse», pero la mayoría habían puesto su firma, y en las iniciales se adivinaba la energía con que habían escrito; leí Maria Kählich, en una caligrafía redonda y firme, y otro había escrito, imitando el hablar de un tartamudo: «Robert B... Robert Br... Robert Brach»; la letra era angulosa, pasada de moda y enternecedora; me pareció que debía ser de un anciano. Otro había escrito «Heinrich» y después, con la misma letra, «nomeolvides», y alguien había usado una estilográfica de trazo grueso para escribir «Bruchbude». Al fin se me acercó una mujer joven, que me saludó con una amable inclinación de cabeza y volvió a meter en el envoltorio de cartón los naipes defectuosos.

Le dije que me diera postales, cinco; tomé las cinco primeras del montón que me tendía: eran vistas de parques e iglesias y la fotografía de un monumento que yo no había visto nunca: se llamaba Monumento a Noldewohl y mostraba un hombre esculpido en bronce, con una levita y, en las manos, un rollo de papel que estaba desplegando.

—¿Quién era Noldewohl? —pregunté a la mujer, y le di la postal para que la metiera en el sobre con las otras. Tenía un rostro amable, colorado, y llevaba el cabello partido en el centro. Parecía una de esas mujeres que quieren meterse a monjas.

—Noldewohl —dijo— fue el que construyó el sector norte de la ciudad.

Conocía el norte de la ciudad. Altos edificios de pisos de alquiler intentaban conservar el aspecto que tenía una casa burguesa en 1910. Los tranvías hacían pronunciados virajes; eran coches verdes y anchos, que a mí me parecían tan románticos como, en 1910, debía de parecerse a mi padre una diligencia.

—Gracias —dije, y pensé: así que antes, por hacer una cosa así, le dedicaban a

uno un monumento.

—¿Desea algo más? —dijo la mujer, y yo contesté:

—Sí, deme, por favor, aquel pliego de papel de cartas, el grande, de color verde.

Abrió la vitrina, tomó el pliego y le quitó el polvo.

Vi cómo cortaba papel de embalar, de un rollo que tenía detrás de ella, colgado en la pared, y admiré sus bonitas manos, pequeñas y muy blancas, y de pronto saqué mi estilográfica del bolsillo, desenrosqué el capuchón y escribí mi nombre debajo del de Maria Kählich, en el bloc donde la gente probaba los bolígrafos. No sé por qué lo hice, pero la tentación de ver mi nombre eternizado en aquel pedazo de papel era muy fuerte.

—Oh —dijo la mujer—, ¿quiere llenar la estilográfica?

—No —dije, y sentí que me ruborizaba—, no, gracias. La he llenado hace poco.

Sonrió y casi me pareció que comprendía por qué yo había hecho aquello.

Puse el dinero en el mostrador, tomé mi talonario de cheques del bolsillo y, en el mismo mostrador, llené un cheque por veintidós marcos y escribí en diagonal: SOLO PARA CUENTA. Tomé el sobre en que la mujer había puesto las postales, me metí las postales sueltas en el bolsillo e introduje el cheque en el sobre. Era un sobre de los más baratos, como los que uno recibe de la oficina de impuestos o de la policía. La dirección de Wickweber se corrió, al escribirla en el sobre; la taché y volví a escribirla más lentamente.

Del cambio que la mujer me había alargado, tomé un marco, volví a dejarlo en el mostrador y dije:

—Me da sellos, por favor, algunos de diez y otros de contribución extraordinaria para la posguerra.

Abrió un cajón, sacó sellos de un pequeño cuaderno y me los dio. Pegué dos en el sobre.

Tenía el deseo de gastar más dinero, dejé el dinero del cambio en el mostrador y me puse a mirar los estantes, buscando algo. Había cuadernos como los que usábamos en la escuela de ingenieros. Escogí uno, que tenía unas tapas de suave piel verde, y lo puse en el mostrador para que lo envolvieran. La mujer puso otra vez en movimiento el rollo de papel de embalaje... y, cuando tomé el pequeño envoltorio, sabía que Hedwig jamás utilizaría el cuaderno para ejercicios escolares.

Mientras regresaba por la Netzmacherstrasse, me parecía que ese día no tendría fin. Las lámparas de los escaparates se veían sólo un poco más claras. Me hubiese gustado gastar más dinero, pero en ninguno de los escaparates había nada que me atrajera. Me detuve un poco más ante una funeraria y miré los ataúdes negros y marrones, iluminados por una luz tenue. Seguí caminando y pensé en Ulla en el momento de doblar la esquina de la Korbmacherstrasse. No sería tan fácil como había pensado deshacerme de ella. Lo sabía: hacía ya mucho tiempo que me conocía, y me conocía muy bien, pero también yo la conocía a ella. Cuando la besaba, a veces veía su calavera bajo su rostro, terso y agradable, de muchacha; veía la calavera que

tendría su padre al morir: una calavera con un sombrero de fieltro verde.

Con ella había engañado al viejo de un modo más astuto y ventajoso que cuando le robé las planchas de cocina. Ella y yo habíamos ganado una buena suma de dinero al escamotear parte de la chatarra que obtuve con un equipo de trabajadores en unas ruinas que tuvimos que dismantelar, antes que se derrumbaran. Algunas de las habitaciones, a las que subimos con largas escaleras de mano, habían quedado totalmente incólumes, y dimos con cuartos de baño y cocinas en los que había fogones, termos y otros objetos como nuevos; ganchos y colgadores en los que a veces estaban colgadas aún las toallas, estantes de cristal en los que estaban aún, perfectamente colocados, rasuradores eléctricos y tubos de carmín; bañeras donde aún había agua, y la espuma de jabón formaba grumos calizos en el fondo; agua clara, en la que nadaban animalitos de goma con que habían jugado los niños, asfixiados después en el sótano. Me miré en espejos donde se habían mirado personas que murieron pocos minutos después, y en los que, lleno de rabia y de asco, rompí mi propio rostro a martillazos; esquirlas plateadas cayeron sobre el rasurador eléctrico y el tubo de carmín. Saqué el tapón del fondo de la bañera y el agua cayó cuatro pisos más abajo, y los animalitos de goma se hundieron lentamente en el fondo calizo.

En alguna parte había una máquina de coser, cuya aguja estaba clavada aún en un pedazo de tela marrón, que debía convertirse en unos pantalones para un niño, y nadie me comprendió cuando, por la puerta abierta, junto a la escalera de mano, la tiré abajo y se estrelló contra los bloques de piedra y los muros derruidos. Pero lo que más me gustaba era destrozar mi propio rostro en los espejos que encontrábamos. Las plateadas esquirlas caían como un líquido tintineante. Hasta que un día, Wickweber empezó a extrañarse de que nunca hubiera espejos en el género procedente de los derribos... y entonces otro operario tomó el mando de los trabajos de dismantelamiento. Pero a mí me mandaron cuando se cayó el aprendiz que, una noche, se había encaramado a unas ruinas para hacerse con una lavadora eléctrica. Nadie pudo explicarse cómo había conseguido llegar al tercer piso, pero había llegado, había intentado hacer descender la máquina, que era tan grande como una cómoda, por medio de una cuerda, y la máquina lo arrastró a él en la caída. Cuando llegamos, su carretilla estaba aún en la calle, bajo el sol. Estaba la policía, y también había alguien que, con una cinta métrica, medía la cuerda, meneaba la cabeza, miraba hacia arriba, donde se veía, abierta, la puerta de la cocina y una escoba en el interior, apoyada en una pared pintada de azul. La lavadora se había abierto como una nuez. El tambor se había desprendido, pero el muchacho yacía sin una herida visible, en un montón de colchones medio podridos y enterrados en crin vegetal; su boca tenía el rictus amargo que siempre había tenido; era la boca de un hambriento, que no creía en la justicia de este mundo. Se llamaba Alois Fruklaht y sólo llevaba tres días con Wickweber. Fui yo quien lo llevó al coche del depósito funerario, y una mujer que estaba mirando, me preguntó:

—¿Era su hermano?

Y yo dije:

—Sí, era mi hermano.

Luego, por la tarde, había visto cómo Ulla metía su pluma en un tintero lleno de tinta roja y tachaba su nombre, con una regla, de la lista de salarios. Trazó una línea limpia y recta, roja como la sangre, roja como el cuello postizo de Scharnhorst, como los labios de Ifigenia, como el corazón del as de corazón.

Hedwig tenía la cara apoyada en las manos; su jersey verde, tenía las mangas subidas, y sus blancos antebrazos, tersos, parecían dos botellas entre cuyos cuellos su rostro quedaba como encajado. El rostro de Hedwig llenaba la curva formada por los dos cuellos que se estrechaban; sus ojos eran de color castaño oscuro, pero con un fondo amarillo claro, casi de color de miel, y vi mi sombra reflejarse en ellos. Pero ella miraba algo más allá de mí; miraba el patio que yo había cruzado exactamente doce veces con mis cuadernos de lenguas modernas en la mano y del que me quedaba tan sólo un vago recuerdo: papel de lincrusta de color rojizo —aunque también podía ser castaño oscuro, porque no había mucha luz; la foto de su padre con la gorra de estudiante y la inscripción de una hermandad..., el olor a infusión de menta, a tabaco, y un estante con cuadernos de música en el que una vez pude leer el título del cuaderno que estaba encima de todos: Grieg - Danza de Anita.

Ahora deseaba conocer aquel vestíbulo tan bien como ella lo conocía, y busqué en mi memoria objetos que tal vez olvidaba: corté en mis recuerdos como uno corta el forro de su chaqueta para sacar una moneda que ha palpado por fuera..., una moneda que adquiere de pronto un valor inestimable, porque es la última, la única; la moneda para comprar dos panecillos, un cigarrillo o un cartucho de pastillas de menta, que, como pequeñas hostias, pueden matar el hambre con su sabor dulzón, como cuando uno introduce aire en los pulmones, que ya no pueden respirar. Después de cortar el forro, uno tiene polvo en la mano, hilachas de lana, y el dedo penetra hasta la preciosa moneda, de la que uno sabe exactamente que tiene muy poco valor, aunque siempre espera que sea un marco. Pero era un groschen, yo lo cogí y tenía para mí un valor inestimable. En la entrada del pasillo (yo sólo la veía al salir de la casa) había una imagen del Sagrado Corazón de Jesús, iluminada por una lamparilla de aceite.

—Váyase —dijo Hedwig—. Le esperaré aquí. ¿Tardará mucho?

Lo dijo sin mirarme.

—Este café cierra a las siete —dije.

—¿Vendrá más tarde de las siete?

—No —dije—, seguro que no. ¿Estará aquí?

—Sí —dijo—. Estaré aquí. Váyase.

Puse las postales sobre la mesa, los sellos al lado y me fui, regresé a la Judengasse, me metí en el coche, eché los dos paquetes con los regalos para Hedwig en el asiento trasero. Sabía que durante todo el tiempo había tenido miedo de mi coche, como lo había tenido de volver a mi trabajo; pero el viaje en coche transcurría



sin novedad, como cuando me fumé el cigarrillo al otro lado de la calle, mientras estaba mirando la puerta de la casa. La cosa funcionaba automáticamente; había que pulsar unos botones, tirar de otros, bajar unas palancas, tirar hacia arriba de otras. Conducía como se conduce en sueños, con suavidad, con calma y con limpieza, como si avanzara por un mundo silencioso.

Cuando pasé por el cruce de la Judengasse con la Korbmacherstrasse, y enfilé hacia la plaza de Röntgen, vi detrás de mí, en la penumbra, el jersey verde de Hedwig, que desaparecía en la Korbmacherstrasse. Di la vuelta en pleno cruce y me encaminé hacia ella. Iba corriendo, después habló con un hombre que cruzó la calle con un pan bajo el brazo. Detuve el coche, porque estaba ya muy cerca, y vi que el hombre le explicaba algo moviendo los brazos. Hedwig siguió corriendo y yo la seguí lentamente. Cuando llevaba recorrido un trecho de la Netzmacherstrasse, más allá de la papelería donde compré las postales, se metió en una calle corta y oscura que yo no conocía. Ya no corría, el bolso negro se balanceaba en su mano, y yo encendí los faros largos, porque no podía dominar con la vista toda la calle, y entonces enrojecí de vergüenza cuando mis faros dieron de lleno en el portal de una pequeña iglesia. Hedwig acababa de entrar en ella. Me sentí como alguien que rueda una película, que lanza la luz de su foco en la oscuridad de la noche y sorprende una pareja abrazándose.

### III

Rápidamente di la vuelta a la iglesia, cambié de dirección y me dirigí a la plaza de Röntgen. Llegué a las seis en punto y vi a Ulla, de pie ante la carnicería, cuando salí de la Tschandlerstrasse y me metí en la plaza de Röntgen. La vi durante todo el tiempo que tardé en abrirme paso por la plaza, encajado entre otros coches, hasta que por fin pude hacer un viraje y aparcar. Llevaba el impermeable rojo y el sombrero negro, y recordé haberle dicho alguna vez lo mucho que me gustaba el impermeable rojo. Aparqué donde pude y cuando me acerqué a ella, me dijo:

—No te pares ahí. Puede costarte veinte marcos.

Vi en la expresión de su rostro que ya había hablado con Wolf; el cutis sonrosado estaba sombreado de negro. Tras ella, en el escaparate de la carnicería, dos blancas columnas de manteca de cerdo, por encima de su cabeza y entre jarros de flores y estantes de mármol, flanqueaban una pirámide de botes de carne en conserva, en cuyas etiquetas, de un rojo chillón, estaba impreso: *Corned-beef*.

—Deja el coche —dije—, tenemos poco tiempo.

—Tonterías —dijo ella—; dame las llaves. Al otro lado hay un sitio libre.

Le di las llaves y vi que se metía en mi coche, que lo dirigía hábilmente desde el lugar prohibido hacia el otro lado, donde un coche acababa de salir. Después me fui hacia el buzón de la esquina y eché la carta a su padre.

—¡Qué disparate! —dijo al regresar y devolverme las llaves—, como si tuvieras mucho dinero que regalar.

Yo suspiré, y pensé en la infinitud de un matrimonio largo, de toda la vida, que casi estuve a punto de efectuar con ella; en los reproches que me habría hecho durante treinta, cuarenta años, que habrían caído sobre mí como piedras en un pozo. Cómo se habría sorprendido ella, al ver disimular poco a poco el eco de las piedras, cada vez más sordo y más breve, hasta que no se habría oído ya eco alguno y las piedras habrían sobresalido del pozo. La idea de un pozo que escupía piedras me perseguía cuando doblé la esquina a su lado, en dirección al Café Joos.

Le dije:

—¿Has hablado con Wolf? —y me respondió:

—Sí.

Le tomé el brazo cuando estábamos frente al Café Joos, y dije:

—¿Es preciso que hablemos?

—Oh, sí —dijo—, tenemos que hablar.

Me empujó al Café Joos, y cuando abrí la cortina de paño, supe por qué tenía tanto interés en estar allí conmigo. Habíamos estado tantas veces, con ella y con Wolf, ya en la época en que Wolf y yo íbamos a los cursos nocturnos, y más tarde, después de terminarlos y dejar la escuela de ingenieros; el Café Joos fue siempre nuestro lugar de cita: juntos habíamos tomado en él innumerables tazas de café, un número inacabable de helados, y cuando vi la sonrisa de Ulla, que estaba a mi lado y

recorría el café con la vista buscando una mesa, supe que creía haberme atraído a la trampa. Allí estaban las paredes, las mesas, las sillas, los olores y las caras de las camareras..., todo lo tenía de su parte. Allí lucharía conmigo en un terreno en el que el decorado era su decorado. Ella no sabía que todos aquellos años —debían de ser tres o cuatro— se habían borrado de mi recuerdo, a pesar de que el día anterior aún me había sentado con ella en esa misma sala. Había arrojado lejos de mí los años pasados, como se arroja un recuerdo que a uno le parecía valioso e importante en el momento de guardarlo: el pedacito de piedra recogido en la cumbre del Montblanc para recordar el momento en que uno, de pronto, supo lo que significaba el vértigo —este bloque de piedra gris, no mayor que una caja de cerillas e igual a miles de millones de toneladas de piedra de todo el mundo— que uno deja caer súbitamente desde el tren, entre los raíles, donde se mezcla con los cascajos de la vía.

La noche anterior estuvimos aún hasta muy tarde en el café. Ella vino a esperarme después de la misa vespertina, y luego yo me había lavado las manos en los lavabos, porque aún las tenía sucias del trabajo. Había comido una pasta y había bebido vino. En alguna parte, dentro del bolsillo del pantalón, oprimida por los billetes de banco, debía de estar aún la cuenta que me había dado la camarera: seis marcos cincuenta y ocho. Y vi a la chica que me la dio, poniendo los periódicos de la tarde en un estante, al fondo.

—¿Nos sentamos? —preguntó Ulla.

—Bueno —dije—, sentémonos.

La señora Joos estaba tras el mostrador y ordenaba bombones en bandejas de cristal con unas pinzas plateadas. Yo esperaba que pudiésemos evitar el saludo de la señora Joos, que tiene mucho interés en ello porque «siente una debilidad por la gente joven»..., pero ella salió de detrás del mostrador, tendió las dos manos y me cogió las muñecas, porque llevaba las llaves del coche en una mano y el sombrero en la otra, y gritó:

—¡Qué gusto, volver a verle!

Y sentí que me ruborizaba; miré confuso sus bonitos ojos de forma oval, en los que pude leer lo mucho que les gusto a las mujeres. El contacto diario con los bombones que tiene a su cuidado, ha hecho que la señora Joos sea semejante a uno de ellos; parece un bombón: dulce, limpia, apetitosa, y sus lindos dedos están siempre un poco separados, debido al uso de las pinzas plateadas. Es diminuta y saltarina como un pajarito, y los dos mechones de pelo blanco que arrancan de ambas sienes y se peinan hacia atrás, parecen ciertos adornos de mazapán que tienen algunos bombones. En su cabeza —tiene el cráneo estrecho, en forma de huevo— se halla toda la clasificación topográfica de los bombones de la ciudad. Sabe exactamente los bombones que prefiere cada señora; sabe cómo se puede complacer a todo el mundo..., por ello es la consejera de todos los caballeros, la confidente de los grandes comerciantes que, en las fiestas señaladas, han de tener alguna atención con las señoras de sus clientes. Sabe qué adulterios hay en perspectiva y los que ya se han

consumado; el uso de ciertas combinaciones de bombones le permite interpretar determinadas cosas. Ella misma descubre nuevas combinaciones, que pone de moda con gran habilidad.

Dio la mano a Ulla y le dedicó una sonrisa. Yo me metí las llaves del coche en el bolsillo y ella se separó de Ulla y me dio otra vez la mano.

Miré con atención aquellos bonitos ojos e intenté imaginar cómo habría hablado conmigo si yo hubiese entrado en su tienda siete años atrás y le hubiese pedido pan. Vi que aquellos ojos se hacían más estrechos, duros y secos como los de un ganso, y vi aquellos dedos encantadores y delicados contraerse como si fueran garras. Vi aquella mano suave y cuidada, arrugarse y ponerse amarilla de codicia. Entonces separé la mía con tanta rapidez, que ella se asustó y volvió tras el mostrador meneando la cabeza. Su rostro tenía ahora el aspecto de un bombón que ha caído en el fango y cuyo relleno se escurre lentamente por el borde de la calzada, y no era un relleno dulce, sino amargo.

Ulla tiró de mí y pasamos entre las mesas ocupadas, por las alfombras de color rojo oxidado, hasta llegar a dos sillas vacías que ella seguramente había visto. No había ninguna mesa libre; sólo esas dos sillas en una mesa de tres personas. En la otra orilla estaba sentado un hombre que tenía un cigarrillo en la boca y leía el periódico. Al respirar, salía de la ceniza de su cigarrillo un humo fino, de color gris claro, y caían sobre su traje oscuro pequeñas partículas de ceniza.

—¿Aquí? —dije.

—No hay nada más —dijo Ulla.

—Pienso que sería mejor ir a otro café —dije.

Lanzó al hombre una mirada llena de odio, miró a su alrededor y vi un brillo de triunfo en sus ojos: en un rincón, un hombre se levantaba y le ayudaba a ponerse el abrigo de color azul celeste a su mujer. Para ella —así volví a sentirlo al seguirla— era de una importancia enorme que nuestra conversación fuera en aquel café. Echó su bolso en la silla, donde aún había una caja de zapatos de la señora del abrigo azul celeste. La señora, con una inclinación de cabeza, tomó su caja y siguió a su marido, que estaba de pie entre las mesas, pagando la consumición a la camarera.

Ulla apartó a un lado la vajilla sucia, se sentó en la silla del rincón. Yo me senté en la que estaba frente a ella, saqué del bolsillo mi paquete de cigarrillos y se lo tendí. Tomó un cigarrillo, le di fuego, encendí otro para mí y miré los platos sucios, en los que habían quedado restos de crema, huesos de cereza; miré los restos grisáceos del café con leche en el fondo de una de las tazas.

—Tenía que haberme dado cuenta —dijo Ulla— cuando te observaba en la fábrica, a través de la mampara de cristal que separa la fábrica de las oficinas. Tú te mezclabas con las pequeñas obreras para que te dieran un pedazo del pan de sus desayunos. Una de ellas era fea, menuda; trabajaba en el arrollamiento de los inducidos; era un poco raquítica, tenía el rostro enfermizo, lleno de granos; te dio la mitad de su pan con mermelada, y yo observé cómo te lo metías en la boca.

—Lo que no sabes es que llegué a besarla y que fui con ella al cine y le cogí las manos en la oscuridad, y que murió por los días en que yo me examinaba para oficial. Y que gasté la paga de una semana entera en flores para su tumba. Espero que me haya perdonado el medio pan con mermelada.

Ulla me miró en silencio, apartó aún más la vajilla sucia, y yo volví a acercarla, porque un plato estaba a punto de caer al suelo.

—Vosotros —dije— no considerasteis necesario mandarle siquiera una corona de flores para su entierro. Ni os molestasteis en enviar una tarjeta de condolencia a sus padres. Supongo que trazaste una línea roja, limpia y muy recta, encima de su nombre, en la lista de salarios.

Vino la camarera, sacó los platos y tazas poniéndolos en una bandeja y dijo:

—Café, ¿no?

—No —dije—, para mí, no.

—Pues para mí, sí —dijo Ulla.

—¿Y usted? —me dijo la camarera.

—Cualquier cosa —dije, cansado.

—Tráigale al señor Fendrich un té mentolado —dijo Ulla.

—Sí —dije—, tráigamelo.

—Dios mío —dijo la camarera— no tenemos. Sólo tenemos té negro.

—Bueno, está bien —dije, y la camarera se fue.

Miré a Ulla y me sorprendió, como tantas veces me había ya sorprendido, que aquella boca, carnosa y bella, se volviera delgada y estrecha como las líneas rojas que ella trazaba con la regla.

Me quité el reloj de la muñeca y lo dejé a mi lado, en la mesa. Eran las seis y diez, y quería irme a las siete menos cuarto, ni un minuto más.

—Con gusto habría pagado los veinte marcos, para hablar contigo dos minutos más; te los hubiera concedido con gusto como despedida, como dos flores de precio..., pero tú misma te los has robado. Para mí, esos dos minutos valían veinte marcos.

—Sí —dijo—, te has vuelto un señorito, regalas flores a diez marcos la unidad.

—Sí —contesté—, me pareció que valía la pena, porque nosotros nunca nos hemos regalado nada. Nunca, ¿verdad?

—No —dijo—, nunca nos hemos regalado nada. A mí me han inculcado que los regalos hay que merecerlos... y nunca me pareció que hubieras merecido ninguno, y tampoco yo creo haberlo merecido.

—No —dije—, y lo único que quería darte, aunque no lo merecieras, resulta que no lo has aceptado. Y cuando salíamos —dije en voz baja—, no olvidábamos jamás hacernos entregar un comprobante para la oficina de impuestos, uno para vosotros y otro para mí. Y si hubiera recibos para besos, los tendrías en un fichero.

—Hay recibos para besos —dijo— y algún día tendrás ocasión de verlos.

La camarera trajo el café para Ulla y el té para mí, y me pareció que pasaba una

infinidad de tiempo, antes que la ceremonia transcurriese: el acto de dejar los platos, las tazas, los jarritos de leche y el azúcar, el colador para el té, y aún faltaba un platito con las pequeñas pinzas plateadas que tenían entre sus dientes una delgada rodaja de limón.

Ulla callaba, y yo tenía miedo de que gritara. Una vez la oí gritar, cuando su padre le negaba que pudiera firmar por orden suya. El tiempo no pasaba: eran las seis y trece.

—Maldita sea —dijo Ulla—; aparta por lo menos el reloj.

Cubrí el reloj con la carta del establecimiento.

Me pareció que todo aquello lo había tenido que ver, oír y oler una infinidad de veces, como el disco que los vecinos de arriba ponían cada noche a una hora determinada; como una película que a uno le hacen ver en el infierno, siempre la misma, y aquel olor en el aire, a café, a sudor, a perfume, a licor, a cigarrillos. Lo que yo decía..., lo que decía Ulla, se había dicho ya innumerables veces, y era inexacto, las palabras sabían a falso en la lengua; era como las cosas que yo le había contado a mi padre sobre el mercado negro y sobre mi hambre; cuando aquello se expresaba, ya no era cierto..., y de pronto recordé la escena en la que Helene Frenkel me había dado el pan con mermelada, la recordé con tanta claridad, que creí sentir el sabor de la mermelada roja y ordinaria. Y sentí nostalgia de Hedwig, y de la sombra verde oscura del puente donde había desaparecido Jürgen Brolaski.

—No lo acabo de entender —dijo Ulla—, porque yo no entiendo que haya cosas que tú no hagas por dinero... ¿o es que ella tiene dinero?

—No —dije—, no tiene dinero..., pero sabe que he robado. Alguno de vosotros debió de contárselo a alguien que luego se lo contó a su hermano. El mismo Wolf me lo recordó hace poco.

—Sí —dijo ella—, ha hecho bien en recordártelo. Te has vuelto tan fino, que probablemente empezabas a olvidar que robabas planchas de cocina para comprarte cigarrillos.

—Y pan —dije—, el pan que no me dio tu padre...; sólo Wolf me dio alguna vez. Él no sabía lo que era el hambre, pero siempre me daba su pan cuando trabajábamos juntos. Yo creía —dije en voz baja— que si entonces me hubieses dado alguna vez un pan, sería imposible para mí estar sentado aquí y hablar así contigo.

—Siempre pagábamos más de lo que marcaban las tarifas, y todo el que trabajaba con nosotros cobraba su prima y, al mediodía, le dábamos una sopa sin vales.

—Sí —dije—, siempre pagabais más de lo que marcaban las tarifas, y todo el que trabajaba con vosotros cobraba su prima y, al mediodía, le dabais una sopa sin vales.

—Miserable —dijo—, miserable desagradecido.

Levanté la carta de donde tenía el reloj, pero aún no eran las seis y media, y volví a tapar el reloj con la carta.

—Consulta las listas de salarios —le dije—, las listas que tú has confeccionado, relee los nombres en voz alta y devotamente, como si leyeras la letanía...

pronúncialos añadiendo a cada nombre: Perdónanos. Después suma los nombres, multiplica el número total de nombres por mil panes, y el resultado vuélvelo a multiplicar por mil, y tendrás el número de maldiciones que pesan sobre la cuenta bancaria de tu padre. La unidad es el pan, el pan de aquellos años jóvenes, que viven en mi memoria como si estuvieran envueltos en una espesa niebla. La sopa que nos daban sonaba débilmente en el interior de nuestro estómago; caliente y amarga, nos volvía a la boca cuando, por la noche, nos balanceábamos en el tranvía que nos llevaba a casa. Era el eructo de la impotencia, y el único placer que teníamos era el odio..., odio —dije en voz baja— que ascendía en mi interior desde mucho tiempo antes, como un eructo, que me oprimía duramente el estómago. Ah, Ulla —seguí diciendo en voz baja, y por primera vez la miré realmente—, ¿quieres hacerme creer de verdad que con la sopa y la pequeña prima ya habíais cumplido? ¿Es eso lo que quieres? ¡Piensa en los grandes rollos de papel aceitado!

Removió su café, volvió a mirarme, me ofreció un cigarrillo, yo lo tomé, le di fuego a ella y encendí mi cigarrillo.

—No me importa que hayáis contado a esa gente mi legendario robo, pero, ¿quieres hacerme creer que todos nosotros, todos los que estábamos en vuestra lista de salarios, no merecíamos algún pan extra de vez en cuando?

Seguía callando, y miraba algo que estaba detrás de mí. Yo dije:

—Cuando estaba en casa, le robé libros a mi padre para comprar pan, libros que él amaba, que había reunido y por los cuales había pasado hambre cuando era estudiante..., libros por los que había pagado el precio de veinte panes y que yo vendía al precio de medio pan: éste es el interés que recibimos, de menos doscientos a menos infinito.

—También nosotros —dijo Ulla en voz baja—, también nosotros pagamos intereses, unos intereses —continuó en voz aún más baja— que tú no conoces.

—Sí —dije—, los pagáis, y ni siquiera sabéis con exactitud a qué porcentaje se elevan..., pero yo, yo tomaba los libros al azar, los escogía tan sólo por su volumen. Mi padre tenía tantos, que yo creí que no se daría cuenta; hasta mucho más tarde no supe que conoce cada uno de sus libros como un pastor conoce su rebaño —y uno de aquellos libros era pequeño y mugriento, era feo, y yo lo vendí por el precio de una caja de cerillas..., y después supe que tenía tanto valor como un vagón de panes. Más tarde mi padre me pidió, y se ruborizó al hacerlo, que le confiase a él la venta de los libros, y él mismo los vendía, me mandaba el dinero y yo compraba pan.

Ulla se sobresaltó cuando dije «pan», y entonces me dio lástima.

—Pégame, si quieres —dijo—, échame el té a la cara... habla, no dejes de hablar, tú que no querías hacerlo... Pero, por favor, no vuelvas a pronunciar la palabra «pan»: dispénsame de tener que oírla otra vez..., por favor.

Y yo dije muy quedamente:

—Perdona..., no volveré a repetirla.

La miré y se asustó. La Ulla que yo tenía ante mí cambiaba al influjo de mis

palabras, de mis miradas, bajo la acción de la pequeña aguja que seguía perforando el tiempo debajo de la carta. Ya no era la muchacha a quien iban destinadas mis palabras. Yo había creído que ella hablaría mucho y que tendría razón de un modo que me sería indiferente..., pero era yo el que había hablado mucho y era yo el que tenía razón de un modo que resultaba indiferente.

Me miró, y supe que después, en su casa, cuando se metiera en la casa de su padre cruzando el oscuro taller, cuando pasara por el camino de grava entre los arbustos, bajo el saúco, supe que haría lo que menos podía esperarse de ella: llorar, y una Ulla que lloraba era algo desconocido para mí.

Creí que ella triunfaría, pero era yo el que triunfaba, y sentí el sabor amargo del triunfo en mi boca.

No había tocado su café, jugaba con la cucharilla y su voz me asustó, cuando dijo:

—Con gusto te daría un cheque en blanco, para que pudieras borrar las maldiciones que pesan sobre nuestra cuenta bancaria. Tiene gracia saber que durante todos estos años has estado pensando cosas así, contando maldiciones sin decirme nada.

—No he estado pensando cosas así durante todos estos años —dijo—. Es distinto: hoy, tal vez hoy por primera vez, se me ha ocurrido pensarlas; echas un colorante rojo en una fuente para saber hasta dónde llegan sus ramificaciones, pero pueden pasar años antes de que, en el lugar menos pensado, encuentres el agua teñida de rojo. Hoy brotan de tierra los arroyos. Hoy sé dónde estaba mi color rojo.

—Puede que tengas razón —dijo ella— tampoco yo he sabido hasta hoy, hasta ahora, que el dinero me es indiferente. No me importaría darte otro cheque en blanco, y un extracto de la cuenta corriente por añadidura, y que sobresalieses tanto como quisieras, no me sabría mal... y siempre había creído que me sabría mal. Quizá tengas razón..., pero todo llega demasiado tarde.

—Sí —dijo—, es demasiado tarde..., uno ve cómo se acerca a la meta el caballo por el que uno quiso apostar mil marcos..., uno ya tenía en la mano la hoja de las apuestas, la hoja blanca que habría supuesto una fortuna en el caso de haber apostado. Pero uno no ha apostado... y el papel no tiene ningún valor. Carece de sentido guardarlo como recuerdo.

—Sólo le quedan a uno los mil marcos —añadió—, pero es posible que tú tiraras los mil marcos al arroyo, junto con el papel.

—Sí, creo que es eso lo que haría.

Vertí la leche en el té frío, apreté el limón contra el fondo y vi cómo la leche, convertida en un humor espeso, bajaba en copos amarillentos. Le tendí los cigarrillos a Ulla, pero ella hizo un gesto negativo con la cabeza, y yo tampoco tenía ganas de fumar. Me guardé los cigarrillos. Aparté un poco la carta y vi que eran las siete menos diez. Volví a tapar el reloj rápidamente; pero ella lo había visto y dijo:

—Vete, yo me quedo.

—¿Puedo llevarte a casa? —dijo.



—No —contestó—. Me quedo aquí. Vete.

Pero yo me quedé sentado y ella dijo:

—Dame la mano —y yo se la tendí.

La mantuvo en alto un momento, sin mirarla, después la soltó de pronto; yo no esperaba que lo hiciera, y la mano golpeó el canto de la mesa.

—Perdona —dijo—, no quería hacerlo... no.

Sentí un dolor agudo en la mano, pero la creí, creí que no lo había hecho a propósito.

—He observado a menudo tus manos, agarradas a las herramientas, tocando los aparatos. Veía cómo desmontabas aparatos que no conocías, cómo estudiabas su funcionamiento y los volvías a montar. Se adivinaba que estabas hecho para este oficio y que te gustaba..., y era mejor dejar que ganases así el pan, y no regalártelo.

—Pues no me gusta —dije—. Lo odio como el boxeador odia el boxeo.

—Vete —dijo—, vete.

Y me fui sin decir nada más, sin mirar a mi alrededor hasta que llegué al mostrador. Después me volví y pagué el café y el té a la muchacha, de pie entre las mesas.

## IV

Había oscurecido y seguía siendo lunes, cuando regresaba por la Judengasse. Iba de prisa. Pero ya habían dado las siete, y yo no pensaba que la Nudelbreite estuviera interceptada para los coches. Sin saber qué hacer, di vueltas a su alrededor, por calles oscuras y sin edificios, y volví a salir frente a la iglesia donde había visto a Hedwig la última vez. Se me ocurrió que las dos, Hedwig y Ulla, me habían dicho «vete», «vete».

Pasé nuevamente junto a la papelería, la funeraria de la Korbmacherstrasse, y me asusté cuando vi que ya no había luz en el café. Iba a pasar de largo, hacia la Judengasse, cuando vi, en el último momento, el jersey verde de Hedwig junto a la entrada del café. Frené tan bruscamente, que el coche botó y resbaló por el barro de una zanja que había sido abierta y vuelta a tapar. Mi mano izquierda golpeó contra el mango de la puerta. Me dolían las dos manos, cuando me apeé y avancé hacia Hedwig en la oscuridad. Estaba allí, de pie, como las chicas que, tiempo atrás, me habían abordado al circular de noche por las calles oscuras. No llevaba abrigo, se veía su jersey de color verde chillón, y el rostro blanco bajo el pelo oscuro, y más blanca aún —de una blancura dolorosa— la línea, en forma de hoja, de su cuello y su escote. Su boca parecía pintada con tinta negra.

No se movió, no dijo nada, no me miró. Tomé su mano sin decir palabra y la arrastré hacia el coche.

Se habían reunido algunas personas, porque mi frenazo fue como un toque de clarín en la calle silenciosa. Abrí la puerta con rapidez, casi empujé a Hedwig al interior del coche, corrí hacia el otro lado y salí a toda velocidad. Hasta un minuto después, cuando la estación ya había quedado muy atrás, no tuve tiempo de mirarla. Estaba mortalmente pálida y mantenía el torso erguido, como una estatua.

Conduje el coche hasta un farol y lo detuve. Era una calle oscura, y el círculo de luz del farol iluminaba un parque, recordaba una zona circular de césped. A nuestro alrededor, el silencio era absoluto.

—Un hombre me ha hablado —dijo Hedwig, y yo me asusté, porque seguía tiesa como una estatua—, un hombre. Quería llevarme con él o irse conmigo, y tenía muy buen aspecto. Llevaba una cartera bajo el brazo, y tenía los dientes un poco amarillos por el tabaco. Era alto, tendría unos treinta y cinco años... y era amable.

—Hedwig —dije, pero ella no me miró.

Sólo cuando le cogí el brazo, volvió la cabeza y me dijo en voz baja:

—Llévame a casa.

Y me conmovió la naturalidad con que me tuteaba.

—Te llevaré a casa —dije—, ¡ah, Dios!

—No, espera aún un momento —dijo.

Y me miró, me miró detenidamente, tan detenidamente como yo la había mirado; pero ahora me dio miedo mirarla. Empecé a sudar y sentí el dolor en mis manos.

Aquel día, aquel lunes, me parecía insoportable, demasiado largo para tratarse de un solo día. Supe que no tenía que haber salido de su habitación. Había descubierto el territorio y no había puesto en él mi bandera. El territorio era bello, pero también desconocido, tan desconocido como bello.

—Oh, Dios —dijo quedamente—, estoy contenta de que seas más amable que él. Mucho más amable; el panadero no era tan amable como parecía. A las siete en punto me ha echado a la calle. No debías haber venido tan tarde. Ahora, pon el coche en marcha —dijo.

Conduje lentamente, y las calles oscuras por las que pasaba me parecían cenagales en los que el coche podía hundirse en cualquier momento; conducía con precaución, como si llevara el coche cargado de explosivos, y oía su voz, notaba su mano en mi brazo y casi me sentía como debe de sentirse alguien que ha pasado la gran prueba del Juicio Final.

—Estuve a punto de irme con él —dijo—. No sé cuánto tiempo habría insistido, pero no insistió. Quería casarse conmigo, separarse de su mujer... y tenía hijos. Era amable; pero se fue cuando el faro de tu coche iluminó la calle. Estuvo sólo un minuto junto a mí, su voz era un susurro precipitado, propio de la gente que tiene poco tiempo. Él tenía poco tiempo: un minuto, y yo viví toda una vida a su lado durante ese minuto: caí en sus brazos y me solté; me hice cargo de sus hijos, zurcí sus calcetines, le tomé la cartera por la noche, al regresar a casa, lo besé cuando la puerta se cerró tras él. Me alegré por su nueva dentadura postiza...; y cuando le aumentaron el sueldo hicimos una pequeña fiesta: hubo pastel, fuimos al cine y me compró un sombrero, rojo como la mermelada de cerezas; hizo conmigo lo que tú quisiste hacer, y a mí me gustaron sus caricias poco hábiles..., vi cómo cambiaban sus trajes, el traje de los domingos se convirtió en el traje de diario cuando se compró un traje nuevo, y también éste envejeció... y se compró otro traje, y los hijos crecieron, llevaron sombreros rojos como mermelada de cerezas, y yo les prohibí las mismas cosas que a mí me han prohibido siempre: pasear bajo la lluvia. Se lo prohibí por lo mismo que me lo prohibieron a mí: porque la lluvia estropea la ropa... Y fui su viuda, y recibí la carta de condolencia de la empresa donde trabajaba. Era tenedor de libros de una fábrica de chocolate... y por la noche me decía cuánto dinero ganaba su empresa con los bombones «Jussupoff». Ganaba mucho dinero... y él me dijo que no se lo revelara a nadie, pero yo no guardé el secreto; a la mañana siguiente, en la lechería, dije cuánto ganaba su empresa con los bombones «Jussupoff». Hubiera podido insistir uno o dos minutos, pero no insistió; se fue corriendo, como una liebre, cuando tu coche dobló la esquina de la calle. «No carezco de educación, señorita», me decía.

Disminuí aún más la velocidad, porque me dolía mucho la mano izquierda, y la derecha empezó a hincharse un poco. Me sentí en la Judengasse con tanta lentitud como si pasara por un puente que amenazara con derrumbarse.

—¿Qué vas a hacer aquí? —preguntó Hedwig—, ¿quieres detenerte?

La miré con tanto temor como debió de mirarla el hombre.

—No podemos ir a mi habitación —dijo—. Me espera allí Hilde Kamenz. Vi que en mi habitación había luz, y su coche estaba delante de la puerta.

Pasé lentamente junto a la puerta de su casa, aquella puerta de color marrón cuya imagen volvería a ver al sacarla de la cámara oscura; muchas copias de la puerta: montones de pliegos con puertas, como si fueran montones de sellos de correo nuevos, emitidos por la imprenta del Estado.

Un automóvil de color vinoso estaba frente a aquella puerta.

Miré interrogativamente a Hedwig.

—Hilde Kamenz —dijo— es amiga de mi padre. Da la vuelta a la esquina. Desde la ventana de mi habitación he visto que en la calle contigua hay un callejón sin salida; vi el oscuro adoquinado, y una zanja en el centro, y te vi muerto en ella, porque tenía miedo de que no volvieras.

Viré y me metí por la Korbmacherstrasse, cada vez con más lentitud; me pareció que nunca más podía viajar de prisa. Unas casas más allá, detrás de la panadería, estaba el callejón sin salida, y vimos la fachada trasera de la casa en que vivía Hedwig. Los grandes árboles cubrían una parte, pero podíamos ver toda una hilera vertical de ventanas. En el entresuelo, la ventana estaba oscura, había luz en el primer piso, y también en el segundo.

—Es mi habitación —dijo Hedwig—; si ella abre la ventana, podremos ver su silueta. Tú habrías caído ciegamente en la trampa, y ella nos habría arrastrado a su casa, una casa magnífica, con la belleza que tienen las casas cuando son bellas por casualidad... Pero tú te das cuenta en seguida de que la casualidad está simplemente disimulada de un modo muy hábil, y te sientes como te sientes cuando sales del cine muy conmovido por la película y alguien dice al salir, frente al guardarropía: no estaba mal, sólo la música era bastante regular... Ahí la tienes...

Aparté los ojos de Hedwig y volví a dirigirlos a su habitación. Vi la silueta de una mujer con un sombrero puntiagudo, y aunque no podía ver sus ojos, creí adivinar que estaba mirando nuestro coche, con aquellos ojos que tienen las mujeres que quieren poner orden en la vida de los demás.

—Llévame a casa —dijo Hedwig—, llévame... Tengo tanto miedo a que nos vea aquí, en el coche, y si caemos en sus manos, tendremos que pasar toda la noche en aquella casa, beber un magnífico té, y ni siquiera nos quedará la esperanza de que los niños se despierten y le den un poco de trabajo a la madre, porque son unos niños tan bien educados, que duermen desde las siete de la tarde hasta las siete de la mañana. Vamos..., y ni siquiera está su marido. Ha ido de viaje; está en cualquier parte decorando, por unos honorarios elevados, viviendas de otras personas, viviendas que parecen bonitas por casualidad. ¡Vamos!

Dirigí el coche a la Korbmacherstrasse, la crucé y pasé después por la Netzmacherstrasse, atravesé lentamente la Nudelbreite, di la vuelta a la plaza de Röntgen, eché una ojeada al escaparate de la carnicería, donde estaba todavía la pirámide de latas de *corned-beef* y volví a pensar en Ulla y en los años que estuve

con ella. Aquellos años se me habían quedado estrechos como una camisa que no soporta un lavado. Desde el mediodía, desde la llegada de Hedwig, el tiempo era otro, era un tiempo distinto.

Estaba cansado y me dolían los ojos, y al ir dejando atrás la recta Münchnerstrasse, era casi el único que viajaba por la parte derecha; por la izquierda se apretujaban y se pasaban los coches, tocaban el claxon y chirriaban triunfalmente al pasar unos junto a otros. En el estadio hubo seguramente un combate de boxeo o una competición ciclista. Durante mucho rato estuve bañado por la luz de los faros de los coches que venían por la parte opuesta; la luz, deslumbradora, me producía un fuerte dolor en los ojos, que me hizo gemir más de una vez. Era como si pasara entre una serie interminable de lanzas, largas y muy claras, cada una de las cuales me penetraba profundamente con la tortura de su luz. Era como si me azotaran con luz..., y pensé en los años en los que, por las mañanas, al despertarme, había odiado la luz. La idea de salir adelante me había preocupado durante dos años, y cada mañana me levantaba a las cinco y media, bebía una taza de té amargo, empollaba fórmulas o hacía prácticas en el sótano, en mi pequeño taller, limaba y montaba, probaba construcciones que a menudo sobrecargaban la red eléctrica del edificio, hasta el punto de que los cables quedaban chamuscados y me llegaban de arriba voces indignadas porque no podían calentar el agua para el café. Había puesto el despertador junto a mí, en el escritorio o en la mesa del taller, y cuando sonaba, a las ocho, subía a ducharme y entraba en la cocina de la patrona para coger mi desayuno. Había trabajado dos horas y media, antes de que la mayoría de las personas se pusieran a desayunar. A veces odiaba aquellas dos horas y media, y a veces me gustaban, pero jamás dejé de trabajarlas. Y muy a menudo, cuando desayunaba en mi habitación, llena de luz, había sentido que la luz me azotaba, como lo estaba sintiendo ahora.

La Münchnerstrasse era larga, y me alegró dejar atrás el estadio.

Hedwig vaciló sólo un instante cuando nos detuvimos. Sostuve la portezuela abierta, le di la mano y luego subí tambaleándome la escalera delante de ella.

Eran las siete y media, y me pareció que la eternidad debía de ser un lunes; aún no hacía once horas que había salido de aquella casa.

Me puse al acecho en el vestíbulo, oí a los niños de mi patrona que se reían; estaban cenando, y descubrí por qué mis pies me pesaban tanto cuando subía la escalera. Tenía barro en los zapatos, y también los de Hedwig estaban sucios con el barro de la zanja que había en el centro de la Korbmacherstrasse.

—No doy la luz —le dije a Hedwig al entrar en mi habitación.

Me dolían mucho los ojos.

—No —dijo—, no des la luz —y cerré la puerta tras ella.

Una luz mortecina llenaba la habitación, procedente de las ventanas de la casa de enfrente. En el escritorio, distinguí los papeles en que la señora Brotig había anotado las llamadas para mí. Los papeles tenían encima una piedra. La tomé y la sostuve en

la mano, como una arma arrojadiza; abrí la ventana y la lancé al jardín; la oí rodar por el césped en la oscuridad y golpear contra los cubos de la basura. Dejé la ventana abierta, conté los papeles en la oscuridad; había siete. Los rompí y arrojé los pedazos a la papelera.

—¿Tienes jabón? —dijo Hedwig detrás de mí—. Quiero lavarme las manos y el agua de mi habitación estaba llena de herrumbre y de suciedad.

—El jabón está a la izquierda, en el estante de abajo —dije.

Tomé un cigarrillo del paquete, lo encendí, y al volverme para apagar la cerilla y tirarla en el cenicero, vi la cara de Hedwig en el espejo. Su boca era como la boca impresa en el papel donde yo solía enjuagar mis navajas de afeitar. Corría el agua y ella se lavaba las manos. Oí como se las frotaba. Yo esperaba algo, y supe lo que esperaba cuando oí que alguien llamaba con suavidad a la puerta. Era mi patrona, y fui corriendo a la puerta, la entreabrí y avancé rápidamente hacia ella, saliendo al pasillo.

Ella se estaba quitando el delantal, lo doblaba, y yo me di cuenta entonces, después de cuatro años de vivir en su casa, me di cuenta de que se parecía un poco a la señora Wietzel, sólo un poco, pero se le parecía. También vi por primera vez lo vieja que era: tendría quizá cuarenta años o más. Llevaba un cigarrillo en la boca, sacudía el delantal para ver si tenía cerillas en el bolsillo; no tenía, y también yo busqué inútilmente en mis bolsillos. Había dejado mis cerillas en la habitación. Le tendí mi cigarrillo encendido, lo unió al suyo, aspiró profundamente el humo y me devolvió el cigarrillo. Fuma como sólo he visto fumar a los hombres; aspira el humo con ávida naturalidad, profundamente.

—Vaya un día —dijo—, al final he decidido no escribir más. Me pareció que no tenía sentido, ya que usted se había esfumado. ¿Por qué ha olvidado a la pobre mujer de Kurbelstrasse?

Me encogí de hombros y le miré los ojos, grises y un poco rasgados.

—¿Ha pensado en las flores?

—No —dije—, las he olvidado.

Calló, hizo girar el cigarrillo entre los dedos, llena de confusión, se apoyó en la pared, y me di cuenta de que le resultaba difícil decir lo que quería decir. Yo deseaba ayudarla, pero no encontraba las palabras. Se frotó la frente con la mano izquierda y dijo:

—Tiene la cena en la cocina.

Pero mi cena estaba siempre en la cocina, y yo dije:

—Gracias —y miré por encima de ella, y, como si hablara con el dibujo de la pared, le dije en voz muy baja:

—Dígalo.

—No me gusta —dijo—, no me va, y me molesta tener que decirle algo que no me gusta... No me gusta que la chica pase la noche con usted.

—¿La ha visto? —pregunté.

—No —dijo—, pero les he oído a los dos. Estaba todo tan silencioso, y de repente... lo supe todo. ¿Se quedará con usted?

—Sí —dije—, es mi mujer.

—¿Dónde se han casado?

No sonrió, y yo continué mirando el dibujo: los triángulos de color naranja. Me callé.

—Ah —dijo en voz alta—, sabe que no me gusta decirlo, pero hay cosas que no soporto. No puedo, y tengo que decírselo, y no sólo decírselo, yo...

—Hay bodas de urgencia —dije— como existen bautismos de urgencia.

—Sí —dijo—, pero todo esto son trucos. No estamos en el desierto ni en la selva, donde no hay curas.

—Nosotros dos —dije— estamos en el desierto y en la selva, y no veo, dondequiera que mire, ningún sacerdote que pueda casarnos.

Cerré los ojos, que me seguían doliendo, después de ser flagelados por los faros, y estaba cansado, muy cansado. Sentía también el dolor de mis manos. Los triángulos de color naranja bailaban ante mis ojos.

—¿Conoce usted alguno? —pregunté.

—No —dijo la señora Brotig—, no conozco a ninguno.

Tomé el cenicero, que estaba en la silla situada frente al teléfono, apagué en él mi cigarrillo y se lo tendí a la patrona, que sacudió la ceniza de su cigarrillo y me tomó el cenicero de la mano.

En mi vida había estado tan cansado. Mis ojos no podían apartarse de los triángulos de color naranja, que eran como espinos, y odié al marido de mi patrona por comprar tales cosas, cosas que él llama modernas.

—Debería pensar un poco en su padre. Usted le quiere, ¿no?

—Sí —dije—, le quiero, y hoy he pensado mucho en él.

Y volví a pensar en mi padre. Lo vi escribiendo con una tinta roja como la sangre en un gran papel: «hablar con el chico».

Luego vi a Hedwig reflejada en los ojos de mi patrona: un trazo negro en aquel gris tan amable. No me volví hacia ella; sentí su mano en mi hombro, su aliento, y adiviné por el olor que se había pintado los labios: un dulce olor a cosmético.

—La señora Brotig —dije—, y ésta es Hedwig.

Hedwig tendió la mano a la señora Brotig, y vi lo grandes que eran las manos de Hedwig, blancas, y fuertes, cuando tomó en la suya la mano de la señora Brotig.

Todos callamos. Oí gotear un grifo en la cocina, escuché los pasos de un hombre en la calle, sentí que su andar era un andar de fiesta, y sonreí, sonreí sin saber cómo, ya que estaba demasiado cansado para hacer el gesto mínimo de los labios que da origen a una sonrisa.

La señora Brotig volvió a poner el cenicero en la silla que estaba debajo del teléfono, echó a su lado el delantal, la ceniza de los cigarrillos saltó en el aire y cayó en la alfombra de color azul oscuro en forma de polvo muy fino. Encendió otro

cigarrillo con la colilla del anterior y dijo:

—A veces olvido lo joven que es usted. Vayan, vayan y no me obliguen a echarles..., vayan.

Me volví, cogí de la mano a Hedwig y la arrastré a mi habitación, busqué en la oscuridad las llaves del coche, las encontré en el escritorio y volvimos a bajar la escalera con nuestros zapatos sucios. Estaba contento de no haber encerrado el coche en el garaje, y de haberlo dejado en la calle. Mi mano izquierda estaba casi paralizada, un poco hinchada, y la derecha me dolía a causa del golpe contra el mármol de la mesa del café. Estaba cansado y hambriento, y conduje el coche lentamente hacia la ciudad. Hedwig callaba, se miraba en su espejo de mano y vi que sólo estaba observando su boca, porque tomó de su bolso el lápiz de labios y repasó la boca lentamente y con una enérgica presión.

La Nudelbreite seguía interceptada, y aún no eran las ocho cuando pasé frente a la iglesia y me metí en la Netzmacherstrasse, después de pasar por la Korbmacherstrasse. Me detuve en el callejón sin salida, frente a la panadería.

En la habitación de Hedwig aún había luz, avancé y vi el coche de color vinoso, estacionado aún frente a la puerta de la casa. Di la vuelta a todo el bloque, hasta el callejón sin salida de la Korbmacherstrasse.

Reinaba el silencio y la oscuridad; callábamos; me vino el hambre y desapareció de nuevo, volvió y se fue otra vez, me recorría como las ondas de un terremoto. Se me ocurrió que el cheque que le envié a Wickweber era un cheque sin fondos. Pensé que Hedwig no me había preguntado ni siquiera mi profesión, que no sabía cuál era mi nombre de pila. Los dolores de mis manos se intensificaron, y cuando cerré por unos segundos mis doloridos ojos, me vi danzando por eternidades llenas de triángulos de color naranja.

La luz en la habitación de Hedwig se apagaría, en ese lunes, del que aún quedaban cuatro horas; se iría perdiendo en la distancia el ruido del motor del coche estacionado en la puerta, el coche de color vinoso. Me parecía oír ya cómo ese ruido perforaba las sombras de la noche, dejando tras él el silencio y la oscuridad. Subiríamos escaleras, abriríamos puertas con precaución y volveríamos a cerrarlas. Hedwig miró su boca una vez más, volvió a repasarla con un trazo lento y firme, como si no fuera lo bastante roja, y yo supe ya entonces lo que no había de saber hasta más tarde.

Hasta ese momento no supe que era inmortal ni supe hasta qué punto era también mortal: oí los gritos de los niños asesinados en Belén, y con aquellos gritos se mezclaba el grito de muerte de Fruklaahr, un grito que no había oído nadie, pero que ahora llegaba a mis oídos; olía el aliento de los leones que despedazaron a los mártires, sentí sus zarpas como espinas en mi carne; sentí el sabor del agua salina de los mares, gotas amargas de lo más profundo de las profundidades, y se me



aparecieron imágenes que se desbordaban de sus marcos como el agua se desborda por las orillas..., paisajes que jamás había visto, rostros que jamás había conocido, y me adentré por aquellas imágenes hasta llegar al rostro de Hedwig, choqué con Brolaski, con Helene Frenkel, con Fruklaht, me abrí paso de nuevo hasta Hedwig, y supe que su rostro era imperecedero, que volvería a verla con un pañuelo encima del rostro, un pañuelo que yo arrancaré para mostrar aquel rostro a Grömmig. El rostro de Hedwig, que no podía ver con mis ojos, porque la noche era tan oscura; pero yo no necesitaba ojos para verla.

Surgieron imágenes de la cámara oscura: me vi a mí mismo inclinándome como un extraño sobre Hedwig, y tuve celos de mí mismo; vi al hombre que la había abordado, sus dientes amarillos, su cartera, vi a Mozart, lo vi sonreír a la señorita Klontick, la profesora de piano que vivió junto a nuestra casa, y la señora de la Kurbelstrasse aparecía llorando en todas las imágenes, y seguía siendo lunes, y supe que yo no quería seguir adelante, lo que quería era volver atrás, no sé adónde, pero atrás.

*Keel, Achill, julio-septiembre 1955.*



HEINRICH BÖLL nació en Colonia (Renania del Norte-Westfalia), el 21 de diciembre de 1917, en una familia trabajadora. Entre 1924 y 1928 acude a la escuela elemental de Köln Raderthal, y de 1928 a 1937 realiza los estudios de secundaria en Colonia. Su primer contacto con la literatura lo tiene en 1937, trabajando en una tienda de libros y objetos antiguos que abandonará un año más tarde para dedicarse a escribir. Durante la Alemania nazi marchó a un campo de trabajo del régimen, que era lo único que le podría permitir en el futuro entrar en la Universidad. Cuando estaba a punto de matricularse para cursar estudios de Filología Alemana, en el verano de 1939, fue reclutado para la Wehrmacht (ejército alemán).

Durante la Segunda Guerra Mundial luchó en Francia, Rumanía, Hungría y la Unión Soviética, casándose durante un permiso en 1942. Fue capturado como prisionero por el Ejército estadounidense en la primavera de 1945 y estuvo en campos de detenidos en Francia y Bélgica. Durante este tiempo muere su primer hijo.

En diciembre de 1945 regresa con su esposa a Colonia. Comienza de nuevo a escribir mientras repara su casa destruida por los bombardeos de la guerra. En 1947 nace su segundo hijo Raimund, que con el tiempo sería escultor. En 1949 publica su primer libro, *Der Zug war pünktlich*. Se integra en el Grupo 47 y hace amistad con Hans Richter y Alfred Andersch.

En 1971 es elegido presidente del PEN Club Internacional, en el 38 Congreso en Dublín.

Escritor ágil y de estilo fino, desde una posición católica fue crítico con la xenofobia

y el extremismo de derecha en Alemania. Obtuvo el Premio Nobel de Literatura en 1972.

Falleció en Langenbroich, cerca de la ciudad de Düren, el 16 de julio de 1985.